Santa Colonia

DEL AUTOR:

CUENTOS (Prólogo de Rubén Darío).

ULTIMA ESPERANZA.

ULTIMOS DIAS DE LA ADMINISTRACION BALMACEDA.

CARLOS DUBLÉ (Episodio Nacional).

1879 (Reminiscencias).

LA CUESTION DEL NORTE (Política Exterior).

VIDA NUEVA.

DIAS ROMANOS.

CUESTA ARRIBA.

RUMBOS Y ORIENTACIONES.

Próximo:

VIDA DE PRENSA.

E. RODRIGUEZ MENDOZA

Santa Colonia

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

SANTIAGO DE CHILE
EMP. ZIG-ZAG, TEATINOS 666
1917

EL MAYORAZGO

Lo llamaban el mayorazgo, nombre que sonaba a pasado, esparciéndose en el hosco solar.

No le venía mal ese nombre caducado por las leyes, que todo lo barajan y revuelven en su ilusorio empeño igualitarista.

Inadaptable a la vida urbana, prefería el despoblado y, campo travieso, cruzaba el fundo en la tarde, en medio de sus perros, seguido del capataz que lo había visto "así, chiquito", y que, al acercarse el mayorazgo brutal, se sacaba su sombrerote tejido, humanizando su cara cardosa.

Con todo, en el fondo de "las casas" y en las memorias del capataz, el patrón, apesar de sus despotismos de feudatario, continuaba siendo el niño visto "así, pequeñito"...

Heredero de varias generaciones de gente parca, según los informes de su madre; de poco discurso y que ganaba en instinto y hasta en lógica lo que no barruntaba de libros ni de leyes, el mayorazgo se revelaba contra la vida codificada según usos y costumbres de un relajamiento monótono, especie de lenta intoxicación operada en un am-

biente empozado en que suelen entremezclarse los perfumes con las emanaciones del alcohol, graduado en las cantinas y medallado en los certámenes oficiales.

El era él; bueno y malo a la vez; pero a su manera. Era lo que era: el mayorazgo Henares de Poveda y Cernadas que al frac, cortado para doblarse, prefería el lomaje nebliniento de sus tierras, fundo y mina a la vez, que cruzaba, campo travieso, seguido de su capataz y sus perros de batida.

Constituía la individualización del criollaje campesino, que se soterraba en el campo porque se encontraba mejor alejado de la ciudad cercana en que en otros tiempos imitaba el gobernador al Virrey cretino y éste al coronado estólido de la lejana Metrópoli.

"Bajaba"—eran sus términos—el emperrado mayorazgo de cuando en cuando a la ciudad y la casona, hecha de piedra, años y fanatismo, que su madre y "la pobre" iban convirtiendo en asilo de degenerados.

En la soledad del fundo medio desierto no habría encontrado sitio adecuado eso que libros y papeles llaman "el tipo moderno" y que suele ser un producto hechizo, sin nada propio, de toda clase de importaciones morales y materiales.

Transformadas en pintoresco *chalet,* las casas de color pardo y que se levantaban cerrando el camino, habrían resultado una prostitución del paisaje, que, sin afeites ni coloretes de tocador, se alza repechando las alturas.

No gustaba de modernizaciones el mayorazgo, y su vivienda estaba bien así: hosca y chata con sus corredores bajo cuya techumbre culminaban los montones de granos y frutos, que esparcían, al secarse, emanaciones de mar y trigal.

Constituían las casas una especie de castillo decapitado hecho en una ondulación del terreno. El cuerpo principal formaba un recio rectángulo, guardado por los perros echados bajo los corredores morunos.

No habían llegado hasta ahí modas ni "progresos" y en los dominios de Henares de Poveda seguía subsistiendo el pasado. Defendía su barbarie...

Como la casa urbana, el fundo agrario repudiaba lo moderno y, lejos de aquella, seguía vejetando el taimado mayorazgo, del cual se murmuraban muchas cosas: que era extravagante y que creía en espíritus. Y creía.

Casa y tierras, sin votaciones ni candidatos, formaban un mundito aparte. Fundo y mayorazgo se habían quedado, pues, empacados en el pasado y hasta la cosecha se hacía a la antigua.

Era el patrón el dueño y señor de todo aquello: aplicaba él mismo justicia sumaria y hasta azotes; pero a pesar de la subsistencia de un régimen tan extraño como de buen grado tolerado, había paz y cierta abundancia en el fundo tan desigual y que tenía partes de riego y cosecha y partes de secano, caprichoso y tornadizo.

Deformaba a sus anchas la fantasía lo que el silencio logra encubrir e insistía la oficiosa paren-

tela ciudadana en que el mayorazgo amaba más las botellas que las mujeres.

Quién pensaría al verlo cerca de la fogata de leña, que se quema sin inflamarse, que era el hijo único—y, por consiguiente, mayorazgo, mal grado lo que dijeran leyes desconocidas por su estirpe—de doña Angela de Cernadas de Henares de Poveda, y de aquel vividor, su padre, ya muerto, inhábil de nación para los rituales de la gravedad!

En sus primeros años, había pasado enclaustrado y sin más maestro que el capellán, en la casa materna. La reclusión, engendró la cortedad y ésta el alejamiento, orgullo o temor, después grato a su esquivo vivir de hombre—de hombre que se esconde en su tierra aún indemne de modernidades de pacotilla.

Tenía la castidad bravía de lo montaraz y nadie podía jactarse de conocer a carta cabal sus debilidades, lo que era singular, corriendo como corrían a la sazón, sus treinta y tres años bien cumplidos en cuanto a calendario.

No era, pues, el mayorazgo algo gregario y flexible, producto de imitación en una palabra, sino algo propio y vigorosamente individualizado.

Refractario a transformaciones, no parecía cercano el momento en que quisiera adaptarse al encasillado administrativo que reemplazó a la Metrópoli.

Aprovechando la relativa cercanía de la ciudad, iba a ella a caballo, saliendo del fundo con parte de noche y llegando con parte de día ante el por-

tón maternal, rehacio a abrirse y propicio a la clausura.

Creyente un día y otro no, era amigote de dominicos y franciscanos y retornó más de una vez al campo en la grave compañía de algún docto misionero.

Habría estado mejor en otra época. Tan cierto parece que hay mal aventurados que, para mayor confusión de ellos y de la vida, aparecen antes o después del momento en que debieron nacer.

Se decía—se rumoreaba—que a fin de penarse así mismo, había querido ser fraile y para semejarlo, constituyendo un tipo de perdida belleza monacal, sólo le faltaba la vestidura que mejor habría completado el carácter de su figura: el hábito goyesco, negro y blanco. Pero fallaba la vocación por falta de disciplina y creencias uniformes, y de su corto noviciado, trajo del convento a su desolada vivienda uno que otro clásico predilecto y uno que otro ensayo de métrica horaciana.

Un día creyente y otro relapso, sobre mesas y paredes de su vivienda, no había más que santos de talla, originarios de donde "mayor espíritu se dió al leño".

No paraban ahí los decires, ni del todo ciertos ni del todo inexactos, de los que sentían por el mayorazgo más temor que cercanía: se aseguraba que buscaba algo perdido o enterrado hace mucho tiempo, según la conseja local, que no podía faltar.

Desgraciado en pasadas y tragediosas tentaciones, se encerraba en el campo, buscando minas y

entierros presentidos y solía sentir horror de sí mismo, de sus pasiones no domadas, de la lujuria de maniaco que solía amagarlo.

Por algo, leguas a la redonda, lo apodaban "el loco", nombre que resume lo que en los demás se escapa o no se comprende. Cuando el río suena...

Poco o nada había, en el "genio y figura" del mayorazgo, de repetido y reeditado. Era un tipo de otrora y de otro medio, extraviado y disociado en la vida de hoy, y no era fácil no detenerse a pensar cuando se le divisaba trasmontando, seguido de su trailla de perros viejos o lobeznos, el lomaje en que se asentaba su vivienda, circundada de parrales, que estampaban en las paredes cercanas la viñeta bermeja de los racimos abrileños.

De subida o de bajada, se detenía en una de esas zonas, prometidas de la opulencia, en que toma la tierra la deformidad de la mujer fecundada. Meditaba: el pensamiento y la altura emanan de la soledad, que de por sí es misterio y sugestión...

El tipo huraño y arcaico, adivinaba la ciudad, cercana al campo como para beberle toda su riqueza y convertir en alcohol todos sus racimos bermejos; la ciudad política en que cundía la endemia de las habilidades, las artes y las pasiones subalternas y que se iba quedando sin patriarcas, puritanos, ni fanáticos, entregada con premuras de gente urgida a las avideces ventrales y a los relajamientos sistemados...

Una ola venida de lo más desconocido del espíritu, le encendía la cara, estremeciendo su impotencia de intermitente, de sér sin continuidad que

se encuentra demás, sin rumbo a través de sí mismo.

Se erguía, haciendo silbar el azote reseco, caído en desuso; pero volvía luego la onda sedentaria, la resaca de sus nervios de desorientado y, aplastado por la abulia, caía de nuevo de la cima al llano. ¡Qué iba a entrar un extraviado a las combinaciones cotidianas, cada vez más antagónicas de lo individual, y que sólo permiten la marcha colectiva, sin jefes ni vigías al frente!

¿El en la vida ciudadana, en la ciudad política, que en vez de foro magno tiene borracherías y en vez de Catilinas, pilletes y gestores?

Y aplastadas las alas que morirían sin ser desplegadas, bajo el poncho campesino, galopaba de nuevo entre los ladridos y la polvareda de su traílla bravía en busca de los paredones en que estampaban las parras la viñeta flotante de los racimos que se resistía a convertir en alcohol.

Tras la sugestión vacilante de una vida activa, llegaba a su vez el amor mortal a la soledad y a sus rastreos tierra adentro en busca de un mineral fantástico, que sólo él buscaba y en que sólo él creía.

PRIMER SITIO, A LA DERECHA

En vida de su marido había sido doña Angela una abandonada a la cual de poco le habían servido las transacciones, de que tanto se arrepentía, hechas con el objeto de evitar la ruptura y el escándalo.

Quiso la suerte que en todo, en cada cosa, fuera su esposo una antítesis burlesca de sus ideas y su manera de comprender la vida.

Muerto el vividor, cómo no había de querer huír del mundo que así la había tratado, separándola en más de una ocasión de cuerpo y de espíritu del hombre que su pasión y su altivez habían querido sólo para ella?

Recordaba con ternura dolorosa al pecador con el cual sólo había convivido por accidente. Nada de eso sabría jamás el mayorazgo para quien debía ser su padre modelo de virtud y sobriedad.

Había muerto relativamente joven, sin saberse, o sabiéndose demasiado, de qué.

Rondaba ya cerca del gran señor, un poco *vieux-mode*, la muerte, y él—viejo mosquetero—se sonreía: había vivido su vida... Cuenta clara!

Se habían desvanecido las estrellas de escenario

de aquellos tiempos de la primera herencia; pero dejaba una rica colección de antigüedades, que la posteridad agradecida sabría apreciar.

En su caja de fondos, más fuerte que llena, se conservaron hasta el día de la expugnación, retratos pasados de moda y hasta trozos dispersos de encajes que, al parecer, no eran nupciales.

El mosquetero había muerto *oportunamente*, cuando la salud y la fortuna iban a empezar a imponer cierta mesura—como si él hubiera podido practicar alguna vez la economía de la primera y la restricción de la segunda.

Instado a recibir un sacerdote, cuando ya iba a llegar la muerte con su séquito de coronas de alquiler y graves rufianes, transformados en lacayos enlutados y empomadados, dijo que él creía en todo lo que quisieran que creyera; pero que se marchaba seguro de que se le había echado al mundo sabiamente preparado para disfrutar de ciertas cosas, estigmatizadas por los que no pueden saborearlas.

—Que Dios me perdone, si en algo le he faltado.

No podía arrepentirse, creyendo ofender a la eterna sabiduría, de haber "vivido su vida".

Y así se fué, sin sentir la muerte, como tampoco había sentido la existencia.

El gran cortejo seguía horas después, camino de la tierra y el silencio con los "queridos despojos" en que la nada y sus obreros habían empezado su obra antes que la vida se extinguiera del todo.

El mosquetero ocupó al fin un lugar de honorífica espectabilidad en el pudridero de la familia;

primer sitio, a la derecha, como en los festines; pero a la derecha del Crucificado, esta vez. Había nacido para estar a la derecha, aunque no al centro, tanto en la vida como en la huesa y, como el buen ladrón, a la diestra de la cruz, se incautaban de sus despojos—nunca se aplicó mejor esta denominación misérrima—los incógnitos y pequeños obreros...

A su turno, su efigie de arte—unmagnífico retrato, especie de desmentido mundial de que no es viandante de la tierra la felicidad—pasaba a ocupar un sitio cronológico en la galería del caserón. Desde ese momento, beatificado íntimamente por el sentimiento de casta, desaparecían o se atenuaban para siempre sus faltas, y sus maldades pasaban a la posteridad como errores de gran señor... El mosquetero comparecía, pues, con elegante aplomo de aspirante a la más alta canonización social ante la galería de virtuosos antepasados. Su magnífico retrato desbordaba la impertinencia involuntaria de la despreocupación y la plenitud mundanas, vale decir banales.

Apareció en la penumbra de la galería familiar, formando cola,—perdió esta vez la consagrada derecha de su afortunado protocolo—a los antecesores con peluca de martillo y recamado casacón de pavana.

Sonreíase, miraba de soslayo a toda aquella gente... Parecía venir de la ópera; de frac, con el *claque* entre los dedos enguantados. Positivamente se trataba de uno de esos retratos mundanos, sin entronques nobiliarios con el pasado, traído de Pa-

rís en calidad de copia auténtica de una juventud que se queda en ultramar, entregando en cambio una pintura de más o menos...

Doña Angela opinó que no era una verdadera copia del original: carecía de seriedad y, sobre todo, del libro o manuscrito bajo la diestra con que desde los griegos a hoy es de rigor pasar a la asombrada posteridad.

El, en cambio, veía en ese retrato al verdadero Henares de Poveda: al que en espíritu había quedado allá, empaquetando para acá sólo la copia, siempre infiel, del original juvenil.

Así, por lo demás, quería entrar el mosquetero a la galería de sus antepasados: en tono frondista, regresando alegremente del teatro, como que teatro para todo género de producciones dramáticas es la vida. Además, no las tenía todas consigo respecto de su perfecta consaguinidad con aquellos señores sonrosados, perfectos, de gran uniforme y sin vida ni palabra de verdad.

Habían desaparecido las semejanzas, borrándose simultáneamente entre él y sus graves antepasados toda similitud de líneas y expresión... Le pasaba lo contrario que a las regias estirpes.

Ah, sí! Tenía sus dudas y para escandalizar a doña Angela, repetía en vida que suelen pasar cosas raras "hasta en las mejores familias".

Post-mortem, llegó, pues, como a deshoras y de vuelta del *ballet* a ocupar el sitio problemático que su prudencia irónica se asignaba a la cola de sus antepasados sin vida ni palabra de verdad.

Cumplido este requisito, empezó doña Angela a preparar el caserón para la nueva vida.

APARTANDO LAURELES

Era necesario sacar todas las modernidades con que se había dado un aspecto desvergonzadamente mundado al solar.

Tapices y pieles de procedencia dudosa; telas que la noble dama no quería mirar; desnudos que el mosquetero sostenía que eran más castos que el vestido, expulsados de los sitios usurpados en que se habían ufanado, eran empujados sin miramientos y en tropel al *in-pace* del caserón. Que se perdieran de una vez en la obscuridad todas esas escenas y actitudes calculadas para despertar la carne, que nunca duerme del todo; para pervertirla, para contaminarla, apartándola primero del buen camino y perdiéndola sin remedio después.

Así se iban uno a uno los recuerdos de que el libertino no había querido soltarse porque eran la vida que se le escapaba.

Lo seguían a la tumba, y la incitación que atisba a sus víctimas desde el cuadro, el pedazo de mármol, el grabado o el libro, era violentamente desalojada.

Con el rosario, que había pertenecido a un arzo-

bispo-Virrey, entre las manos, dirigía la misma doña Angela la cruenta maniobra. Había llegado el día, deseado febrilmente, de la expulsión. Se volvía a la santidad. El caserón retrogradaba un siglo; regresaba al pasado de que provenía, desde los cimientos hasta la cruz de hierro calado que lo protegía. Sí, que saliera de una vez todo lo que en él no se encontraba bien: modernidades, engañifas venidas de las tiendas y no de los años y la raza.

—Aquella, aquella...

Señalaba una ninfa que avanzaba desnuda, apartando laureles. Satinada la carne y encendidas las pupilas, desplegaba el follaje para ofrecer los senos en flor a los faunos, que le formaban un friso palpitante... Tonalidad de un verde luminoso; lejanías meridionales; azules plateados.

Era una de las telas que más atraían al vividor y un día, ya enfermo de muerte, dijo que quería confesar, pero sin secretos egoistas, que algo había conocido a la ninfa perseguida por los faunos estremecidos.

—Aquella, aquella...

Y la ninfa, temblando, viniéndose de bruces, vacilando antes de abandonar el sitio en que había vivido e imperado, extendía hacia doña Angela sus brazos de lira, implorando "un momento", como la cortesana del gran siglo.

Era la que más cerca había estado del libertino, y doña Angela quiso ponerle el pie cuando al fin la vió destronada y arrastrada sin miramientos al *in-pace*.

¿Y si con fines de caridad enajenara todo aquello?

Comprendió sin tardanza que esto era humillante para una dama como ella y que, además, eso llevaría a otras partes la tentación. Era mejor que "la colección" aguardara su suerte donde nadie la viera y, expulsado todo aquello, llegaría el momento de devolver a sus sitios de otra época a los santos familiares, al Cristo de talla, al órgano, al vargueño.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

LA SANTA DE ITALIA

Avanzaba febrilmente la expulsión, como si conociera lo que salía el peligro a que estaba expuesto quedándose; pero las dudas que en todo, hasta en lo más santo, proyectan de improviso las perturbaciones de la indecisión, se precisaron de súbito, a propósito de un mármol que el mosquetero llamaba "la santa Italia".

Tendría tanto de santa como de ninfa helénica la mujer del cuadro, expulsado y ajusticiado de preferencia?

La había colocado él mismo cerca del órgano, que cuando sonaba derramando su voz seráfica, desprendía flores de la madera de rosa de sus tallas centenarias.

Y ahí había quedado bajo la mirada del Santo Cristo, que resurge de tiempo en tiempo de las profundidades de la Colonia, pasando lentamente ante la ciudad, atestada de cosas de similor y que con nada apasionante y sincero ha reemplazado su pasado fanatismo.

Ahí quedaría la santa; pero ahí quedaría así mismo, aquel Cristo de Juicio Final, crucificado sin

sonrisas ni transacciones, que para todo prometen un anticipado perdón.

Patrono secular del caserón, carecía de bellezas de novena y de ternuras de primera comunión.

Venía del Calvario; conocía el hambre, la sed, las espinas, la calle de la amargura, el látigo, la hiel, la calumnia y la muerte del inocente condenado. Juzgado por falsarios y fariseos, en la cumbre parda, bajo el cielo lívido, a su lado se había retorcido blasfemando el mal ladrón.

Inadecuado para devociones de propaganda, Cristo de tenebrario y *miserere,* era auténticamente español.

Reaparecía de tarde en tarde en la ciudad mentirosa y enviciada y, tomadas de improviso por lo extraño, las gentes caían de rodillas o se alejaban esquivando la vista.

¿Toleraría la cercanía de la neurosis esculpida, la santa de Italia, diversa hasta el contraste de lo genuinamente español?

Que operara el milagro; que de algún modo y para disipar las dudas de la conturbada doña Angela, se manifestara la voluntad divina, y la santa en entre dicho saldría también, dejando al Cristo de talla como dueño omnipotente del caserón que se divorciaba de la vida actual.

Momentáneamente, por lo menos, la santa blanca, que sobre una seda nupcial desploma su espasmo carnal, quedaría en su sitio, bajo los brazos, tensamente enclavados, del Cristo de la expiación, que no tardaría en exteriorizar su voluntad inapelable

sobre aquella imagen, parodia banal de la otra, de la que perdura delirando dentro de los muros de fortaleza de su ciudad conventual.

No querría el Señor santas inficionadas de paganismo y que, como esta, en vez del Calvario, provenía de uno de esos trozos clásicos cuyas líneas se deforman cuando se intenta ampliarlas o renovarlas.

Lo ignoraba doña Angela; pero no era otra la genealogía de la santa.

Estropeados los relieves florales de la carne, el magnífico trozo conservaba al ser encontrado, la totalidad de las líneas y contornos.

Fué aquel un gran hallazgo para el vividor; pero con qué dificultades legales, en materia de exportación de reliquias, iba a tropezar, llegado el momento de sacar de Italia aquel mármol!

Tuvo una idea: realizar de nuevo, como hace dos mil años, la misma reencarnación de una en otra religión y hacer con la estatua romana, quizá griega, una reducción en pequeño de la santa de Bernini, huesped que sería bien recibido por su mujer, lejana y devota.

Ah! pero cuánto mármol de Paros habría que desbastar para empequeñecer lo que había sido grande con grandeza de sencillez y noble con nobleza de siglos!

Lo lastimaba tener que degradar hasta la copia lo original—ladinería delictuosa en que frecuentemente triunfan las simulaciones del calco y la transposición—; pero ante la amenaza de no llevar nada de

aquel trozo singular, en que un día debió agitarse la gracia alada de los brazos, se decidió a que su estatua transmigrara, de uno a otro culto. Se haría cristiana con cristianismo de Renacimiento.

Tal era el verdadero origen de la santa. Lo ignoraba doña Angela y quedaría donde estaba; pero eso sí, bajo la mirada y los brazos del Cristo y señor del caserón.

GRACIA SUPLICANTE

Corrido por la soledad, el mayorazgo solía bajar a la ciudad a ver a su madre y a "la pobre", la recogida que se había quedado sin nombre y de la cual quería hacerse una hermana de los miserables.

Habituada a permanecer en silencio, su voz vacilaba al exteriorizarse. Tenía la gracia suplicante de los santos y los mártires.

Ella y el mayorazgo habían crecido juntos, aunque distanciados por la disciplina que separa para siempre a lo que ni la vida misma puede juntar, a no ser momentánea y dolorosamente.

Se arrastraba aún en el huerto entre la yerba poblada de insectos, que sólo en la noche se atreven a alumbrar a trechos su tránsito extraviado, y ya era "la pobre", la recogida, el ser inferior por quien el pequeño mayorazgo no debía sentir sino compasión.

Según decía doña Angela al muchacho ya entonces dominador y brutal, "la pobre" no tenía nombre porque nunca lo necesitaría y porque había sido encontrada una tarde tras el portón, que se resistía a abrirse; pero no a cerrarse.

Para evitar engaños, más desgarrantes, mientras más tarda su decifración, la manera de llamarla definiría sin lugar a dudas su colocación separada e indefensa: se llamaría "la pobre" y así, sin maltratarla, la vida, implacable y contradictoria con los que con ella se encaran, la dejaría en olvido de caserón extraño a las cosas de hoy y en paz de humildad que divaga meditando en Dios.

Ya crecido y golpeado por la vida, que rehuía internándose en la lejanía, el mayorazgo insistía a veces en que se diera a la huérfana un nombre, que ésta no reclamaba porque estaba tranquila con el que le habían impuesto. Sería "la pobre" y eso bastaba a su gracia suplicante.

Andando el tiempo, surgieron las primeras preocupaciones y pasó frecuentemente doña Angela de la desconfianza a la inquietud ante el significado que las visitas del mayorazgo pudieran tener respecto de aquel sér, por clara voluntad de Dios destinado a la realización de proyectos piadosos. ¿Se delataba un capricho o apuntaba una pasión?

El taciturno se interesaba por "la pobre", escudriñando años y datos sobre su origen y presencia en el solar, amurallado en su intransigencia.

Le pareció extraña en demasía la reclusión de aquel sér estéril y anónimo en quien veía doña Angela a la iniciadora de su propósito de transformar el caserón en algo de otros tiempos, que arriba a los de hoy convertido en asilo inflamado de oraciones y cargado de humanas miserias...

Se agrandaba el hielo de dos desconfianzas: la de la madre que empezaba a sentir las torturas de

la inquietud, y la del voluntarioso mayorazgo, que de súbito quería saber algo más que lo del hallazgo a la oración, tras el portón de la casa solariega.

Extraviada al equivocar con la insensibilidad sentimental el frío hostil de su hijo, no otorgó al principio gran importancia a sus inquisiciones sobre el verdadero origen de "la pobre".

¡Serían repentismos de quien en cada sér presentía un misterio y en cada rincón recelaba un aparecido!

—Cada cual en su casa y Dios en la de todos— decía doña Angela, queriendo aludir a que si nadie ayudaba sus proyectos, mejor se hallaba sola en el caserón destinado a volver al pasado.

Pero regresaba antes de mucho el mayorazgo y crecía con estos revuelos de gavilán la inquietud de doña Angela al constatar el interés con que su hijo observaba a su protegida. Amor o maldad, de continuar, el primero en su ceguera y el segundo en su infamia, pondrían en peligro los proyectos de hacer de "la pobre" la ejecutora en vida y *post-mortem* de las ideas que crecían inflamando su espíritu.

Percibía el instante indefinible en que la desgracia reentraba a su asilo, invadiéndolo sigilosamente, y meditaba más y más en su resolución inmutable: seguiría observando y luego, cerciorada de que el mal la asediaba y perseguía de nuevo, castigaría sin piedad a quien amenazara sus proyectos.

Dejando los rezos por el pensar y la divagación, se inmovilizaba meditando si no sería mejor, para

detener a tiempo el mal en acecho, llamar de una vez a su hijo y decirle, como quería el capellán, la verdad que devora y purifica. Ah! pero tras esta, vendría la ruina inevitable de los propósitos a que se abrazaba como madre que acaricia con sus manos el madero de la crucificación. Daba tiempo al tiempo, sin atreverse a tocar lo más mínimo de un proyecto sin el cual su misma re se convertiría en algo despojado de pasión y yermo de visiones.

Monologaba, alzando sus manos que tanteaban el vacío en procura de la cruz:

—Que venga todo.

Todo antes que declarar la verdad amenazadora! Verdad tardía por lo demás, que no podría ser descubierta sin confesar lo que el mayorazgo ignoraba aún.

Empezaba la amargura insinuando que rara vez faltan en la vida términos de tiempo para que dentro de ellos el mal o el bien alcancen su sanción.

Y la verdad, atenuada o desvirtuada por los años; la verdad inerte y sin palpitaciones, la verdad muerta, ¿no infunde con su exhumación tardía más sobresaltos y sospechas que los que intenta desvanecer?

Se esbozaba en aquel caserón en camino hacia el pasado algo aún impreciso; pero que bien podía llegar a convertirse en drama muy intenso e irremediable. No es lo vulgar para ciertos sitios, porque un escenario tiene la tragedia y otro más craso y frecuentado la comedia.

Vuelven las sombras en busca del susurro floral que, a deshoras, estremeció su paso y, en efec-

to, volvían esta vez en demanda de huertos y rosales.

Nada tangible explicaba el sobresalto que, como en lo propio, empezaba a imperar en el caserón y, sin embargo, se sutilizaba el ambiente, denunciando la proximidad de algo indefinido, que no podía ser sino amenaza de la suerte o vibración oculta de sangre joven que despierta a la vida.

Turbado, el mayorazgo volvía al campo para regresar antes de mucho a la ciudad. Había sido, según se decía, dramáticamente desgraciado en su primera pasión y ahora, ya hombre, y en el momento en que son más irremediables las batallas, porque si se pierden acaso no dé ya tiempo la vida para ganar otras, no podía desprenderse de la sombra que empezaba a proyectarse junto a la suya, siguiéndolo a todas partes.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

PASADO IMAGINARIO

Repudiaba doña Angela las cosas de hoy, y, amurallándose en sus dominios, no sólo se negaba a practicarlas, sino que se extendía en ella la idea de detenerlas o transformarlas.

No entrarían al baluarte con que soñaba las imposiciones de la vida, ni el asilo en proyecto sería jamás profanado con la presencia de modas y costumbres que acercan los sexos obsesionándolos.

Resistiría hasta morir el ambiente inficionado que llegaba hasta su caserón-Colonia.

Un sentimiento de odio al presente, cruel con ella, la hacía creer ciegamente en la perfección moral del pasado a que estaba resuelta a volver. Y volvía a enamorarse y volvía a enloquecer; pero de algo que le parecía hermoso sin ser material: el asilo de hoy, el convento de mañana.

Sabía bien lo que pasaba afuera y estaba informada de los trajes que modelan el desnudo y transparentan lo incógnito, delatando el estremecimiento febril del cuerpo a cuerpo.

Nada de eso penetraría en los días de los días en sus dominios.

Sin transar, porque transar es claudicar, por lo menos en lo suyo y en los suyos impondría sus ideas: se llamaba doña Angela Cernadas de Henares de Poveda y aunque mucho lo quisiera el capellán, no podría seguir sus consejos.

La soledad modelaba más y más su hermosa quimera: intentaría una protesta militante contra la vida en que no había encontrado la felicidad, que no para todos está en la resignación y la paz, como encarecía el capellán, y regresaría, creando una especie de orden aparte y sólo de ella, hacia el pasado imaginario.

Ecos y rumores exteriores sólo llegarían hasta ahí; hasta los gajos de palma que, para detener al demonio, pendían de los rosetones de cobre en que los yunques de la Colonia calaron el encaje inflamado de sus rejas.

Ante ese portón cerrado y en cuyo umbral llegaba a sentarse cotidianamente un ciego, que extendía la mano sin pedir, inmovilizándose en un silencio que algo presagiaba, habían de quedar detenidas todas las prácticas disfrazadas con el nombre de costumbres nuevas. Quería vivir y morir sin contacto alguno con la mundana confusión de creencias, clases y hasta razas. Moriría humilde ante Dios; pero terca ante el mundo.

ANTEPASADOS DE CASACON FLORIDO

No queriendo confesar doña Angela el origen de "la pobre", mentía por necesidad y al tratar de alejar al mayorazgo, se aferró a la primera mentira: tan cierto es que la verdad si se dice tardíamente. hace más incurables las heridas y más hondo el drama.

Sin atreverse a referir cosas ya lejanas, la militante encarnación de la Colonia se alentaba con la esperanza de que ya se alejaría poco a poco la única nube que podía venir a ensombrecer sus proyectos.

No siempre traen tormenta las nubes; no siempre estalla en rayos o lágrimas lo negro...

Después de la última escena, más áspera que las anteriores, el mayorazgo, soterrado de nuevo en el campo, acaso fuera olvidando poco a poco el capricho que parecía perturbarlo.

Habría decampado la ciudad para no volver en mucho tiempo y desprenderse mejor a la distancia de la idea, indigna de su sangre, de amenazar la nueva vida a que entraba el solar de sus mayores.

Nó, el mayorazgo no intentaría el sacrilegio de abrir los ojos de "la pobre", haciéndole ver que el mundo no era sólo el cortejo lamentable que en el patio de la noria se arrastraba entre la yerba.

Pero volvió, antes de mucho y como si ninguna divergencia hubiera habido nunca entre la madre y el hijo, doña Angela lo llamó:

—Dame el brazo...

Quería que fueran juntos a la sala en que estaban los antepasados de casacón floreado.

Había hecho encender las velas de cera, defendidas por guarda-brisas.

El mayorazgo decidió no contradecirla esta vez, dando paso como en otras ocasiones, a la vaga complacencia que ella sentía asociando a su lógica secular el testimonio presencial de los casacones bordados, de las pelucas de martillo y los pollerones de seda con colores de *vitreaux*.

Conocía el ceremonial: se dejaría oir el órgano en cuyos tallados se petrificaba el polvo y después los asilados balbucearían en el huerto algún cántico desolado.

Parecíale a doña Angela que se encontraba en grave consejo de familia al reunirse con sus gloriosos antepasados.

Ostentábanse medio empotrados en las paredes los sillones, emparentados con el Virreynato, a que llegaba a sentarse el mayorazgo cerril, obsesionado en silencio por la idea de la hembra distinta de todas las demás.

Qué le importaban aquellos ascendientes dudo-

sos, que mantenían a través del tiempo las vanidades de los segundones que hace siglos venían a parodiar tan lejos la vida palatina.

Doña Angela señaló a los ilustres antecesores:

—No querrás renegar de tus antepasados...

Eran los procónsules, los patricios de la estirpe. Venidos después de los Conquistadores, no tenían con estos ninguna cercanía y en vez de coraza usaban casaca florida y en vez de espadón batido recientemente, encumbrado bastón con borlas.

La madre y el mayorazgo levantaron la cabeza y aquellas figuras de corazón y cerebro retobado por la gordura, continuaron tranquilamente, sin descomponer su actitud de Audiencia.

¿Y eran esos los representantes de la tierra que con hierro centelleante forjó el encaje de sus espadas? Vendrían de las cocinas o de las antesalas en que atisbaban los bufones y dormitaban los perros del ciclo velazqueano; pero no del Romancero ni de la ciudad imperial.

Los que pintó Teotocopulli, eran enjutos; mostraban la mano sarmentosa aferrada a los gavilanes del espadón implacable y sus ojos visionarios encendían en una misma fe la Conquista del mundo espiritual y el material.

De ahí provenía también el paladín de la quimera, que remontando las llanuras, espaciadas por la nota musical del molino de viento, todavía simboliza la doliente supervivencia de los idealismos impotentes.

Y los que a este lado, áspero y huesudo de la

tierra, arrojó la matriz fecunda y sangrienta, ¿estaban ahí? ¿Eran los mismos guerreros y señores, escapados del entierro del Conde Orgaz?

Aquellos, los auténticos, los del Greco y el Escorial, habían consumado la Conquista, siendo reemplazados con premura por los parásitos adiposos en que iban a incubar las mansas lentitudes de hoy.

Eran los bastardos del clasicismo y no conocieron a los guerreros, poetas y fanáticos, amontonadores del oro de una gran centuria mental.

¡Y entonces! ¿Serían ellos los que por mandato retrospectivo podían oponerse a su voluntad?

Evidentemente, su madre quería repetir en esta ocasión la escena teatral de la visita a los retratos, tan remotamente emparentados con los que marcaron con sus armas y su sangre los sitios en que debían levantarse las cruces castellanas.

Esquivó secamente la conocida repetición de una escena monótona: se sentía mal; estaba fatigado; volvería en otra ocasión; y se retiró, dejando a los retratos con la única que sinceramente creía en ellos, intentando convertirlos en fuerza social.

"LA POBRE"

Resurrecto el ambiente del hogar linajudo de mediados del siglo XVIII, doña Angela ocupaba cotidianamente su sillón rojo.

Llevaba un encaje orlado en la cabeza y mitones en las manos.

Al centro de la sala, brasero de plata.

Cuadro antiguo. Quietud de castillo.

En el fuego, emanaciones de romero y mejorana.

Después de leer, la noble dama se sacaba sus anteojos, observaba en el vacío, y se quedaba inmóvil con la cabeza gris sobre la seda encarnada.

Cuánto tiempo que su hijo esquivaba el beso en la mano, en la alianza gastada que se sostenía oscilando!

Cuando el mayorazgo montaraz, turbado a la sazón sabe Dios por qué ideas, solía besarla en la frente, ella le retenía las manos, mirándolo en silencio.

—Dime—le dijo un día, siempre inquieta con los frecuentes regresos de su hijo,—¿has dejado de creer?

Afirmó su cabeza gris en el pecho turbado del mayorazgo.

—¿Por qué?

—Porque si todavía crees, es necesario que obedezcas a una orden que quiero darte.

—Creo... en la necesidad de creer.

Entró "la pobre", la timidez, la gracia suplicante.

Parecía desvanecerse ante los demás. Era la humildad, capaz de todas las transformaciones súbitas de la belleza.

Sabía que no había nacido en el caserón y que si ahí estaba era por la caridad de esa madre de ocasión, que quería destinarla a altos fines y que también solía estrechar con sus manos piadosas su cabeza de dolorosa juvenil.

Muerto el vividor, doña Angela, que quería hacerse santa y santificar a los demás, decidió la suerte de "la pobre": dedicarla al futuro asilo.

En la huérfana, a su vez, se extendía, saturándola, la idea de ser monja. Y ya lo era en medio de la vida monacal de la casona en que el Cristo de talla presidía de nuevo la Colonia restaurada.

En la tarde, tocaba el órgano, infinito, apaciguante, guía del alma traspasada de dolor.

Dos o tres años después de llegar, cuando su mansedumbre agradecida se había ganado ya todos los afectos, doña Angela la hizo arrodillarse a sus pies:

—No tienes nombre y sólo se te llama "la pobre"... ¿quieres llamarte siempre así?

Se acercó más y más a su protectora mirándola con terror y cariño.

—"La pobre", lo que eres... Lo que todos somos en la tierra—agregó la dama en aquella ocasión, extendiendo sus manos de marfil sobre el sér así bautizado.

Muerto el vividor y convertidos los proyectos de doña Angela en promesa hecha a Dios por la salvación del alma pecadora del esposo, ido sin el temor al infinito, las dos existencias—vivida la primera y en blanco la segunda—se confundían; pero sin que llegara a borrarse la línea térmica que entre ambos seres mantenía el origen.

Separarlos, habría sido concluir con los dos. Representaban aparentemente las cosas que se completan porque no son iguales y por lo mismo que la una cede sin resistir.

Alguna vez el caserón se convertiría en claustro y entonces en lugar de tocar el órgano en la sala del Cristo de pasión, lo tocaría en el coro.

ABRAZADA A LA CRUZ

De nuevo de regreso, el mayorazgo buscó la ocasión de ver a "la pobre":

—Un instante...

Miró como se mira cuando se agrandan ante el paso vacilante las sombras del mundo y la tentación.

Se inclinaba.

Le alargó ambas manos que ella no recogió.

—¿Eres feliz en esto que alguna vez será convento?

Y tomó con tal fuerza las manos de "la pobre" que esta sintió la impresión de las cadenas de hierro que empezaban a aprisionarla.

El mayorazgo creyó que "la pobre" iba a desplomarse y se alejó paso a paso, asediado más de cerca cada vez por la pasión, el mal, el dolor, el bien.

Anochecía, y huerto y caserón arribaban a la oración revestidos de oro y amatista, como las casullas con que se oficia en cuaresma.

Volvió:

—No quiero regresar al campo...

Hablaba con superioridad de soberbia y repitió la pregunta maligna:

—¿Eres feliz?

Sintió él mismo que avanzaba hacia lo irreparable.

"La pobre" movió la cabeza afirmativamente: sí, era feliz y sería lo que ordenara doña Angela; el mundo era muy malo y sabía que lo superior sólo se acerca a lo pequeño como la mano a la flor: para arrojarla luego rota y ensangrentada. Ella era de Dios, del órgano que cuando clamoreaba el *Stabat mater* la hacía pegar con la tierra la cara empapada en lágrimas.

Sin saber, habían llegado hasta la sala del Cristo mayestático, juez implacable del mal.

Se arrodilló ante el Señor y ante el común perseguidor, que sentía el vago temor del que penetra clandestinamente en sagrado.

Bajó la cabeza con vergüenza de culpable y, como la pobre mujer sin nombre ante la cual hacía sonar falazmente la vanidad tentadora de las palabras felicidad y mundo, tampoco se atrevía a hablar ante aquel Cristo de color calcinado, de cuyos labios en *rictus* fluía una sentencia funeral.

"La pobre" quiso anticipar sus votos de renunciación y repulsar ante el Cristo, patrono del caserón, esas palabras vacías de significación concreta: la felicidad y el mundo.

Se humillaba, recogiéndose como un montón de despojos a los pies de la cruz, y el Cristo sentía el contacto carnal de la mujer, que ante la tentación

renunciaba a la tentación, mojando con sus lágrimas el santo leño.

El Cristo de la expiación se asociaba, pues, a aquellos votos desgarrados que si alguna vez vacilaban, acarrearían la maldición y la ruina sobre el caserón votivo, que iba a ofrendar al pasado el alma y el cuerpo de "la pobre".

Juntó las manos para ofrecerse a Dios y renunciar de una vez a la vida:

—Señor, no permitáis que "la pobre" se aleje de vos.

Se abrazaba a la cruz trasmitiendo palpitaciones de vida juvenil al viejo Cristo, y cuando cayó otra vez, formando con su cuerpo un montón de despojos, el mayorazgo se alejó con sigilo de fuga.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

PALABRA TRAGICA

Mal aconsejado por la noche, había resuelto encararse violentamente con el misterio. Y como si él mismo hubiera podido comprenderse y penetrar nítidamente en su propia tiniebla interior, quería ver con claridad en su madre y en los demás.

Buscó a doña Angela, que nada había columbrado de la escena entre "la pobre" y su hijo; y cuya agitación encendía en reflejos la cruz de diamantes que la respiración hacía temblar sobre el pecho:

—Va a sufrir...

Quería a su madre; pero como quieren las fieras, que sólo se apaciguan después de revolverse sobre el menor obstáculo.

Para no chocar y no aceptando ni ella ni él ninguna contradicción, vivían esquivándose, hasta que empezó el mayorazgo a repetir sus viajes del campo a la ciudad.

La fiera se aquerenciaba en el caserón y temblaba doña Angela y a su alrededor temblaba todo, hasta el Cristo, cuyo madero verde había trepidado, participando del dolor redentor de los humildes.

Buscó a su madre:

—Buen día.

—Buen día, hijo mío.

Guardó silencio. Lo guardaron ambos.

Se paseó, deteniéndose ante los retratos centenarios:

—Debo hablar, ¿no es verdad?...

Repetía la muletilla del irónico final de cada frase: ¿no es verdad?:

—Aquí hay un misterio.

—¿Un misterio?

—El de "la pobre"... Vengo a descifrarlo y debo hablar, ¿no es verdad? Vengo a eso; a hablar, a preguntar una vez por todas por qué no puedo levantar...

Trepidaba:

—Levantar y llevar hasta la vida a "la pobre", que nuestro caserón ha convertido en un misterio.

Su voz tenía sobresaltos de combate interior:

—¿En virtud de qué impedimento no puede pensar el mayorazgo en esa mujer?

Se cruzó de brazos y de la cara a que daba la pavura lividez de muerte, se escapó una de esas frases que marcan de fatalidad los sitios en que se pronuncian y las existencias que alcanzan.

Valorizaba cada palabra, pegando el cuerpo al muro, como si quisiera hablar sin ser visto:

—Tengo una duda...

Y mordía la palabra trágica:

—Una sospecha.

¿Qué vínculo carnal podría disipar ya el estrago de esa frase?

Se encontraron, inmovilizándose las miradas y engendrada por el misterio esta vez, entraba realmente la tragedia al caserón.

Imperó el silencio, roto al fin:

—Medita en el horror de tus palabras...

Resonó de nuevo la voz espaciada por las sacudidas aórticas:

—El mayorazgo reclama a "la pobre".

—Para perderla...

—Para hacer de ella una mujer.

—Quieres matarme.

Entre ambos contendores, separándolos, se alzaba el Cristo. Siguió con la vista al mayorazgo que, al alejarse, desgarró de nuevo el ambiente tradicional con la blasfemia de la sospecha:

—Se esquiva una respuesta.

STABAT MATER

Roto el vínculo de la obediencia; proclamada la insurrección filial, doña Angela vió en grave trance sus proyectos; pero confió en Dios y se aferró más pasionalmente que nunca a lo que la rodeaba.

¡Por qué amagaba así el Señor, y con uno de los suyos, su idea de volver al pasado, ejemplarizando a los demás!

¡Bien probaba la actitud de su hijo cómo seguían las cosas en el mundo!

Como ella quería vivir entonces, vivían hace muchos años sus antepasados y así deseaba esperar la muerte y entregar su alma a Dios.

¡Qué idea más hermosa! Y, sin embargo, era su mismo hijo el que venía a amenazarla de destrucción.

Llamó a "la pobre", que se deslizó a sus pies, asaltada por las lágrimas.

—¿Por qué lloras?

Ponía sus manos, atadas por el rosario, sobre la cabecita dolorosa.

—Acuérdate de que no hay otro sér en la tierra que vele por tí...

El deseo orgulloso, fácilmente transformable en ira, de que se le dijera toda la verdad, sacudió sus manos, que echaron atrás con violencia la cabeza de la huérfana:

—Tus ojos me engañan.

Y se acercaba más y más a aquella cabeza rubia de que, a pesar de las promesas al Cristo de la expiación, se iban apoderando la vida y el dolor.

—Aquí se ha entrado el Demonio; pero Dios, que todo lo ve, ha de permitir que no prevalezca el espíritu del mal, desbaratando mis proyectos porque "la pobre" debe ser sólo del Señor y de esta casa.

En la pieza cercana, atenuada la luz, se agrandaban, animando los muros, las flores de oro de las casullas traídas de la capilla del fundo.

Interrumpió doña Angela el largo silencio:

—¿En qué piensas?

—En nada... en que ignoro todo lo de mí misma.

—Eres "la pobre" y has renunciado por amor de Dios a tener un nombre que en el mundo sería tu perdición. Tu madre murió muy joven; tu padre murió también y a esta casa se te trajo siendo pequeña... ¿Y a qué vienen estas inquietudes en quien nada tendrá nunca que hacer con el mundo, que es mejor que no conozca? ¿No es un bien de la Providencia no tener padres a quien hacer padecer?

Un rayo de sol inflamaba de soslayo el costado sangrante del santo Cristo.

—Quisiera acelerar mis proyectos—continuó do-

ña Angela. Hay algo que me dice que me apresure porque la vida es corta.

Se opacaba la luz y en la pieza cercana sólo se percibía la cruz fulgurante, bordada en las casullas, y la saeta transparente se quebraba, absorbida por la faz del Crucificado.

Embargadas por igual temor, miraban ambas mujeres hacia la puerta.

—Hagamos nuestras oraciones de la tarde—dijo doña Angela.

El órgano estaba abierto y el Cristo, la inquietud, la cruz de las casullas que iban perdiéndose en las sombras, evocaban, llamaban el *stabat-mater*.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

EL CRISTO DE LA EXPIACION

Año a año y siguiendo una antigua costumbre, el Cristo del caserón, trasladado al templo, salía llevado en procesión por la ciudad.

Era el Cristo de la Colonia; el Cristo español que nada sabía de benevolencias ni transacciones y que no se mostraba sonriente y lleno de flores, sino con la vista en alto, los labios cárdenos, el cuerpo cuarteado por el látigo y abierto por la lanza: hincadas en la frente las espinas y las potencias y atado al cuello el dogal de la crucifixión.

Era el Cristo del *Dies irae*, del juicio final; y en vez de conceder gracias fáciles, juzgaba y estigmatizaba.

Resurgía a su paso el fervor pusilánime del miedo y el tropel mujeril se estrujaba siguiendo al célebre Crucificado, que salía del templo entre dobles de campanario colonial.

Aquel día, girones de niebla se prendían del sagrado madero y a ratos, la bruma sólo dejaba ver la fisonomía implacable y el rictus amargo.

Los vaivenes de la marcha imprimían sacudidas de ira, negativas de condena a esa cabeza ensan-

grentada en cuyo cuello violáceo se ostentaba, trenzada con la misma soga de la flagelación, la corona con que los publicanos y fariseos de hace dos mil años se burlaron del propagandista de una religión y una moral, superior a los instintos que trata de domar, y que es olvidada a cada instante por las pasiones, que sólo se transforman y disfrazan.

El Cristo, juez y ejecutor, avanzaba entre cirios y encapuchados.

Deteníase a veces, orientándose en la ciudad moderna, y en medio del místico rumor de la multitud distinguíanse mejor los toques seculares de domínicos y franciscanos.

—Mira... Es necesario que vea que lo hemos seguido—dijo doña Angela, descendiendo del carruaje para ver mejor a "su Cristo".

Se arrodillaron entre la multitud, que seguía en tropel.

Imprimiéndose en sus senos, bajo el manto, las cuentas del rosario, se sintieron atemorizadas cuando los pecheros jadeantes detuvieron el anda y el santo Cristo, como en el caserón, estuvo cerca de ellas mirándolas, mostrando sus desnudeces, su martirio, su corona trenzada con los mismos dogales de la flagelación.

Creyeron que sólo a ellas miraba y veía y que desde su áspera cruz iba a hablar a la ciudad y a las gentes, antes de volver a ocultarse en el caserón visionario.

Se estremeció, al proseguir la jornada, su cabellera retinta, y el viejo Cristo siguió entre sal-

mos y letanías, saturadas de olor a cera y a pavesas.

Siniestro en el enigma de su gesto anunciador de que contados están los días de cada cual, no era este, sin duda, el Cristo que pide dulcemente al extraviado que pasa que lo mire, que cuente sus llagas y que pague a tiempo su deuda de pecador.

Potente y omnímodo aun en la cruz, de sus labios entreabiertos se escapaba el grito fatal:

"Alejaos de mí, malditos de mi Padre".

Se desgarraba entre la bruma el gemido de los bronces y las oraciones; amagaba el viento la llama de agonía de los cirios y el cendal violáceo de los incensarios, y, cuando el Cristo de la expiación, ya entre las sombras, alzaba más la cabeza en demanda de altura, no queriendo ver ni oír a la multitud que se revolvía a sus pies, un manojo de flores arrojadas por manos invisibles, se abrieron sobre su pecho, iluminándolo y prendiéndose hechas guirnalda de los brazos crispados.

PALOMAS CAMPANERAS

La atmósfera era la misma; pero el demonio andaba suelto en el caserón.

Santa, órgano y vargueño armonizaban cierto vago simbolismo en aquella sala de cielo tachonado de rosetones lámeados de oro.

Soñaba la primera, recibiendo durante los largos crepúsculos del verano rayos de sol que festonaban la sala, prendiéndose de las casullas.

El vargueño, al cual servía de fondo una capa coral, negra y plata, ocupaba una de las testeras. Venía de Burgos. Había pertenecido a un señorón del virreynato limeño.

Con severidad de noble, sus cuadrículas de hierro, tan calado que se diría tejido, protegían la madera de tabernáculo con que estaba trabajado

Permanecía siempre cerrado y, sin embargo, decía secamente como los tiempos de que provenía: no me toquéis y dejadme porque de nada sirvo hoy. Servía para atesorar perlas de Indias, encajes de Flandes, onzas de oro y secretos de cortesanía virreynal; pero mis herrajes cederían a la herrumbe si en mí se ocultaran documentos de pretorio y testamenterías de raspar...

La tapa frontal semejaba coraza de real armería. Retorcidos aldabones remataban con empaque las cabeceras y, estampada en el aportillado terciopelo rojo, campeaba la cruz de los caballeros de San Santiago.

Para qué habría servido saliendo de aquel sitio en que se mantenía en avenencia de contemporáneos con el órgano, que al ser abierto, exhalaba perfumes discretos, como si al oratorio entrara recatadamente la guarda-damas vestida con florido brocato de corte palatina.

Organo y vargueño completaban un cuadro tradicional, que formaba un contraste extraño al llegar tres veces por semana "la pobre" con sus lisiados.

Habían sido recogidos poco a poco y con ellos iba creciendo el asilo en que ya se hallaba convertido el caserón.

Estaban instalados en una pieza que daba al huerto con algibe coronado por una cruz de hierro. Cruz de algibe y torre vecina, se miraban y hasta se parecían, pues era igual el color que los rimaba, completando un mismo poema incógnito. Se amaban, sin duda, y, a veces, la cruz cuya sombra temblaba en el fondo del pozo, al caer la gota monocorde desprendida del cubo, se flordelisaba con las palomas campaneras que se disputaban sus brazos, demasiado pequeños para hospedarlas a todas.

El pozo por ser hondo y el brocal por ser alto, atraían instintivamente a los pequeños asilados, que divagaban con esa timidez sentimental de los

seres que nacen apartados de antemano del choque de pasiones e intereses.

Bastaba una hoja caída, un ruido cualquiera para que los tomara una atención extraña.

Estaban vestidos con traje de hospicio y la caridad no lograba ahuyentar la timidez de aquellos seres cohibidos por el terror a lo imprevisto.

Extendía las manos explorando el más pequeño y una nube tumefacta cubría sus ojos abiertos sin ver, como los de los muertos. Trepidaba al andar y a cada instante se detenía, recelando un peligro al avanzar. Lo atraía el eco de la noria y ante ella se quedaba parpadeando al sorprender la gota invisible, sílaba de misterio, desprendida del cubo en forma de campana... Pegaba sus sedosas manitos de ciego en las paredes del brocal en que los calores del verano soliviantaban el musgo reseco, y se sentía hipnotizado por la sílaba misteriosa, tan fugaz y que, sin embargo, basta para que el que pasa se detenga o se pregunte: "qué hondura" tendrá esa noria que anuncia al que escucha la cifra de años que le asigna la vida.

Los asilados habían ido trasponiendo uno a uno el portón de fortaleza del caserón.

No quiso doña Angela que se les recogiera con el afán apresurado de quien se impone como una penitencia el ejercicio y práctica de la caridad cristiana. ¡Ah, no! Sus asilados eran en realidad los más miserables, los más implacablemente marcados por la adversidad.

Ocupaban el fondo del solar que las flores convertían en jardín, y el órgano, el Cristo y las pa-

lomas campaneras, en santa casa de misericordia en que la caridad no era moda rumbosa sino el simbólico proyecto de quien de nuevo vivía para una idea.

No aceptaba doña Angela la piedad mundana, que suele mostrar como objetos de exhibición a los únicos seres insensibles a la vanidad, fuente de mal.

Su mano, ya excavada por los años, había explorado en lo más hosco del arrabal que ciñe con una banda de miseria y podredumbre la gran ciudad, y de ahí había extraído los despojos con que fundar su colonia.

El fundador, era el cieguito infantil, prendado del pozo a cuyo alrededor rondaba con las manos-tentáculos, suspendiendo en alto su cara sin pupilas.

El huerto y el silencio en que se modulaba intensamente el toque de las campanas y el fru-fru de las palomas al volar, habían apaciguado sus gritos de animal que se arrastra amedrentado y perseguido. Es gran sedante la naturaleza reposada por la quietud, y meses después de llegar el pequeño ciego, aparecía transformado por la paz de aquel sitio en que vagaba a tientas entre el cromatismo estival.

Sobre el pecho y sobre el corazón—esta gota de agua turbia, que sin la calma isócrona de la otra, palpita en el fondo de la obscura noria humana,—colgaba una cruz pesada—cruz de pobre—, a la cual el ciego se llevaba a cada instante, protegiéndose, sus manitos de seda, inhábiles para el trabajo, y que en él eran una parte del cerebro.

Algún tiempo después de su llegada, ingresaban casi juntos dos nuevos asilados: uno era atáxico de nación y el otro, casi mudo, se sentía sacudido por una agitación febril al querer hablar.

Marchaba, pues, hacia su completa realización el proyecto de doña Angela y así, el día de su muerte, "la pobre" podría agrandar la idea inicial de convertir para siempre el solar en casa de Dios y del perdón.

Todo seguiría lo mismo y crecería sin ruido el número de los asilados hasta que el caserón se transformara insensiblemente en convento con claustro y escarpa con campanas.

Se vivía, pues, una idea que iba haciéndose heróica porque la atacaban la duda y el mal:

Fundar una casa cuya regla sería regularizada alguna vez por las autoridades eclesiásticas!

Se celebraba, por consiguiente, como un paso más hacia la idea común, la llegada de nuevos asilados, hasta enterar siete, número al que se atribuía una altísima significación teológica.

Habría sido fácil reunirlos de una vez; pero doña Angela no quería muñecos de juguete con quienes entretener una caridad de ocasión, sino despojos por todos desdeñados; embriones de todas las miserias cuya presencia deplorable plantea la pregunta rebelde de por qué nacen ciertos seres.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

DON JUAN...

El consultor espiritual, que todo lo sabía sin soberbia y que todo lo conocía sin entusiasmo, adivinaba el simbolismo de esa caridad incógnita que buceaba en lo más enfermo de la sociedad en busca de despojos por nadie recogidos.

Seguía, pues, doña Angela internándose en la idea del renunciamiento y la santidad.

Quería ser santa; pero, ¿no había rastros patentes de orgullo y recitud en ese propósito de aislamiento y protesta contra la vida de hoy?

—Será altivez... pecado—pensaba el Capellán. Será temor... también pecado porque suele significar flaqueza; desconfianza de sí mismo.

A pesar de sus dudas, ayudaba a buscar asilados y un día llegó trayendo él mismo a dos nuevos huéspedes: una niña de muy corta edad que con su bracito sano se llevaba a la boca la mano inerte, y un pequeñuelo que sólo podía arrastrarse, trepidando.

Esperaban los trajes de mezclilla y cuando el Capellán y su penoso cortejo traspusieron la puerta de otra época, reacia a recibimientos mundanos,

doña Angela y "la pobre" dieron la bienvenida a sus nuevos asilados: juntaron las manos para rezar el Ave María y luego los recién venidos sintieron sobre ellos la penetrante irradiación de la primera sonrisa.

La niña bregaba por izar en alto el brazo sin vida, que no tardaba en desplomarse y el atáxico principió a gemir, como si la tibieza compasiva del recibimiento empezara a despertar o crear su sensibilidad.

En parte alguna, hasta entonces, habían deseado tenerlos ni nadie quería recogerlos o aplastarlos de una vez... Demás en la vida, porque la caridad misma, practicando ciertas afinidades selectivas, sólo toma a los afortunados de la miseria...

Conducidos al interior del caserón, volvieron vestidos y transformados de tal modo, que su infortunio empezaba a ser acaso más lastimoso; pero menos repulsivo.

El atáxico había dejado de llorar y la niña lograba que la mano sana llegara, cargando con la enferma, hasta la cruz de bronce que acababan de colgarle al cuello.

—¿Y se llama?...

—No tiene nombre porque Dios ha querido que así sea.

La santa estaba aquel día en disposiciones de despojarse de todo aquello que en realidad no afectaba a su formidable orgullo en sí:

—Llevará el mío... ¿Entiendes, criatura? Te llamarás Angela desde hoy... ¿Y el pobre? Se llamará...

Sugestionada por la idea de su creciente santidad, titubeaba con temor, atrayendo hacia sí al enfermo.

Se sonrió el Capellán:

—Vamos... se llamará Juan.

—A secas...

—No: don Juan... Es el santo del día en que llega a esta casa.

—Es cierto. Ahora vamos a la capilla.

Abrió el paso "la pobre", seguía el Capellán y Juan... don Juan; y cerraba el cortejo doña Angela, la santa, que había tomado en la suya la manita yerta de la nueva asilada.

Se arrodillaron; flotaban perfumes de cera, de benjuí, de oración y cuando se encendieron unas cuantas luces, resplandeció en la sombra azul el Santo Cristo, reintegrado a su sitio después de la procesión anual.

Doña Angela, arrodillándose entre ambas criaturas, ofreció triunfalmente a Dios el homenaje de aquellos despojos olor a muerte: eran su santidad, su vida, su protesta doliente contra todo lo actual.

Levantó a la que no podía erguirse; humilló su cabeza montaraz y con la mano inanimada de la pequeñuela, bosquejó una y otra vez una cruz rebelde que volvía a deshacerse al soltar las articulaciones inhábiles.

—Ve a aquel...

Titubeaba de nuevo, tomando con dificultad el tono suave del dulcísimo Maestro:

—Es Dios crucificado por nuestro error...

—Y por nuestro orgullo.

—Quiere que todos sean hermanos y que todos sean buenos.

—Amar a sus semejantes; pero como a iguales—, oró el Capellán.

La santa extendía sobre los dos miserables sus brazos en cruz y ambos desgraciados hacían la ilusión de estar cobijados por la sombra dorada al centro, que emergía del Cristo de la expiación.

El Capellán rezó en latín:

—*Pater noster, qui es in coelis...*

Terminada la ceremonia, ofrecimiento a Dios de un nuevo contingente de dolor, el cortejo se encaminó a juntar con los otros a los nuevos asilados:

—Dos hermanos más...

Rondaba en ese momento el ciego alrededor del pozo sonoro, en que la gota de agua espaciaba el silencio, midiendo sentenciosamente el tiempo que se va.

Gesticulaba el semi-mudo y el otro, también atáxico como la mujercita que llegaba, salieron al encuentro de los nuevos huéspedes.

Se acercaban, formando la hermandad que suele establecerse entre los impotentes para el encarnizamiento, la rivalidad, el interés,—pasiones, rebeldías que en ellos no tenían razón de ser.

Los ya establecidos en la casa, anticipando las cosas por venir, llamaban "la hermana" a "la pobre" que cuidaba de ellos de sol a sombra.

"La hermana", que hacía su noviciado sin

salir del caserón, unió a los asilados y estos se prendieron de ella, enmarcando su figura que la luz de la tarde trasmutaba de la nitidez a lo violáceo.

Pugnaba por hablar el semi-mudo; el ciego exploraba a los recién llegados, alargando en el vacío sus manitas de seda e intentando ver más allá del ras de tierra con sus ojos de cadáver; la pequeñita esquivaba su cuerpecito sin líneas en que flotaba el traje azul de los hospicios. Se sentía observada por los demás y miraba con domesticidad de prisión.

"La hermana"—sólo ellos no la llamaban "la pobre"!—los estrechó en un abrazo común; se inclinó para arreglarles la cruz del cuello; tomó entre las manos la cabeza de gusano del semi-mudo y repartió entre los demás lo único que tenía: el nombre que le habían dado en el caserón:

—Qué quiere... "el pobre"...

Se empequeñecía para llegar por amor hasta el corazón de sus únicos semejantes, los miserables.

"El pobre"—¡era don Juan!—se tiraba manotazos a la garganta y sus ojitos de roedor rebrillaban con maligna hostilidad porque, decididamente, echaba de menos "su libertad".

Quería irse.

"La hermana" tomó las manos del pequeño degenerado e hizo que se las diera a los demás. Cedió la fierecilla y empezó a abrazar a regañadientes a sus hermanos.

—Os entrego a vuestra madre—les dijo el Ca-

pellán, señalando a "la pobre", a sabiendas de que la santa no juzgaba del todo prudente el calificativo de madre.

Se alejó, apuntalándose en su bastón el octogenario y "la pobre", dejando a su rebaño de miserables, se encaminó hacia el órgano, como para que éste y la tarde dieran un último toque secular al caserón.

El ciego había vuelto a su noria y el crepúsculo, inundándole la cara, daba luminosidades de joya a sus ojos de muerto.

Las yerbas se balanceaban sobre su figura inmóvil: eran yerbas de campo santo y acariciaban amorosamente lo único que con ellas convivía.

Sentía sin ver; sentía sin definir la armonía excelsa del crepúsculo y se echó de boca, trasegando en busca de un artefacto de música, fabricado por "la pobre", y en el cual deletreaba el cieguito la necesidad del gemido.

Saliendo, ya alada, de la capilla, la voz del órgano convirtió en presagio el silencio inquietante de la tarde.

Quedáronse en suspenso los asilados y la gota de agua lanzó al abismo su sílaba de misterio—música y augurio a la vez.

Entonces la hora, el sitio, la luz ya parda, el armonio que aleteaba su cántico apaciguante, hermanaron a los miserables, que se estrecharon formando alrededor del pozo un friso de primitivo sarcófago cristiano.

EL ROSARIO DE MALAQUITA

Cuando el carruaje entró a la ciudad, las torres echaban a vuelo sus campanas, bajo la bóveda pintada a fuego y sangre por la tarde.

El mayorazgo se abstraía, cristalizándose en su propio silencio.

Le asustaba la proximidad fantasmagórica de la mujer deseada con intensidad que creía en la soledad hostil de su latifundio.

No quería seguir dominándose y al reentrar a la ciudad, experimentaba una angustia extraña a su soberbia.

Sentía, palpándola pegajosamente, esa atmósfera sensual, de asfixia, propia de los sitios en que llegan a formarse grandes acumulaciones de vida gregaria.

El, contradictorio y violento, se sentía esta vez asalado por la timidez y vacilaba al acercarse al caseón con sus rejas sevillanas y sus escudos cuyos tallados hermanaban la heráldica y la religión.

Adentro, vagaría la pesadilla de los lisiados tras "la pobre" que al divisarlo de nuevo, bajaría la vis-

ta, llevándose instintivamente las manos a la cruz.

Veía el solar infranqueable en que su madre hacía la vida de otra época, vestida con damasco de altar; toca de encajes y una esmeralda en el índice. Seguiría esperando su hora, según su propio decir, en guerra a muerte con las cosas de hoy.

Como siempre, el encaje de su toca estamparía pinceladas goyescas sobre la falda de damasco, y encaje y traje antiguo, ocultando aquella figura inmóvil, parecerían arreos de taller, arrojados sobre un sillón de museo en espera de la manola de tez dorada.

Avanzaba el mayorazgo sobre la ciudad y, entretanto, la santa espantaba su somnolencia prometiendo una vez más a Dios que nada profano y exterior entraría ahí.

Sala, luz y personaje evocaban cosas olvidadas en la penumbra de un día sin vida.

El rosario de malaquita se desprendía de las manos, serpenteando en los pliegues del damasco y el busto, en oración, como si toda la figura fuera a caer o a arrodillarse, dejaba ver los florones tallados que coronaban el sillón... Se evocaban las imágenes vestidas que inflamaron con su imaginería el amortiguado misticismo español y que en más de un cofre de conquistador llegaron a cristianar el Imperio de Indias.

Se había dormido la santa y una sonrisa pugnaba por reanimar las facciones sintetizadas músculo a músculo por los años, hasta llegar a una expresión de espiritualidad tenaz que nunca habían tenido.

La respiración agitaba imperceptiblemente el encaje que caía acusando los tendones del cuello y un ligero tic tocaba la mano arcaica, ennoblecida por el aro labrado que apretaba una esmeralda casi negra.

Soñaba y la mano excavada de la esmeralda obscura y el aro repujado, pugnaba por extenderse en ademán de palpar algo inasible: veía realizada su idea de convertir en asilo el reducto sustraído a una vida banal, sin moral y sin más fin que el bienestar.

Oía campanas y, dormida con ese sueño que copia la muerte, creía que el coro que circundaba de sones la ciudad y el horizonte, era la consagración definitiva del caserón, último resto del pasado.

Soñaba—¿la quimera y la belleza no priman sobre la verdad?—que había muerto; que el solar en que lograra detener las costumbres de hoy era ya un monasterio consagrado a la caridad, a Dios... Sobre la puerta flanqueada por los dos escudos nobiliarios se alzaba una cruz y aprovechando la solidez de los muros, habíase levantado una especie de escarpa, que destacaba sus campanas como notas musicales escritas en el azul bonancible del cielo. En los corredores, convertidos en claustros, aparecían de tiempo en tiempo "las hermanas" y los asilados. De las salas, transformadas en celdas blanqueadas, habían salido retratos, cofres y casullas; la santa de Italia había emigrado a uno de los altares de la sala convertida definitivamente en capilla de adoratrices, y en el huerto, las azucenas de

Navidad rodeaban, formando una ronda blanca, los azulejos del algibe.

¡Proximidades de la muerte! Fin de una vida bellamente estéril; de una vida encendida por una idea tolerada apenas por el correr del tiempo, olvidadizo y transformador. Ilusión postrera, nacida sobre un sillón arcaico en que el sol de la tarde derramaba el oro y la sangre de la luz cirial.

Nunca había visto tan completa y tangible su idea, que sin que la santa lo comprendiera, era la religión desapareciendo en el arte, en la sugestión del pasado.

El rosario de malaquita había rodado a sus pies; la cabeza caía por completo y la mano excavada de la esmeralda seguía pugnando por asir algo invisible que huía.

Se había ido el sol que a la hora de vísperas llegaba hasta el sillón arcaico y la santa sonreía de nuevo bajo el encaje orlado porque, para hacer más patente su visión, "su morada", también sentía cómo se desprendían del órgano las rosas místicas de sus tallados:

Stabat mater
dolorosa
juxta crucem
lacrimosa

. . . . . .

Quis non posset
contristari
Christi matrem
contemplari

. . . . . .

Quiso hincarse y cayó como cae la seda antigua al plegarse.

Sintió después el sobresalto anunciador de que se aproximaban pasiones y conflictos de muerte... Sería el mayorazgo; pero por qué la turbaba otra vez con su presencia ese hijo de su raza, terca y sin ternura, que se alzaba en guerra contra ella?

Era el Demonio el que llegaba a conmover la casona impasible, que no pensaba sino en coronarse de cruces y campanas.

El corazón también doblaba recio en esos instantes en el pecho del mayorazgo.

Se encendieron las luces encerradas en guarda brisas y tan macerada estaba la figura de la santa bajo su encaje orlado, que evocaba sin lugar a dudas las imágenes vestidas de los altares coloniales.

Luego no le faltaría ni el puñal en el pecho de las dolorosas, extáticas al pie de la cruz.

—Bienvenido, si ha de ser para la paz.

Era la suya una ternura herida por el espíritu desconcertante del mayorazgo:

—Acércate...

Lo retuvo y afirmó en él su cabeza, como si nada hubiera pasado antes.

La santa lloraba—ternura tan poco frecuente en ella, que más parecía traición emotiva de los años:

—¿Estás bien?

—Bien.

No harían camino fácil ni la efusión ni el diálogo.

Reaparecían las exploraciones de los que esquivan lo que ha de reabrir la herida y se sucedían los

espacios que marcan profundidades obscuras entre palabra y palabra:

—¿Y el campo?

—Como el tiempo...

—Tierras estériles, que no encariñan al dueño que, como de la gente, teme de ellas una traición.

Pasaban, pues, las palabras, lacerando de nuevo la divergencia oculta.

La santa miró con fijeza:

—Son mis ojos que me engañan o ya tienes canas...

Sacó sus quevedos a los cuales antepuso gruesos lentes de aumento.

—Acércate otra vez.

Quería conmoverlo y afirmó de nuevo su vieja máscara de cera en la barba de hidalgo del impasible.

—¿Por qué has vuelto?

El espejo de una cornucopia cercana reflejaba borrosamente la escena.

—Tengo que hacer en la ciudad.

Recomenzó sus paseos.

El viento estremecía los gajos de palma bendita prendidos en las rejas con dibujos de blasón. Comenzaba el invierno que, como decía el mayorazgo, prometía poco para las pobres tierras de secano.

Los ojos se abismaban, mirando el fuego cuyo resplandor translúcido dora las apófisis de las facciones que emergen de las sombras.

Madre e hijo, tomados por una sensación común,

se inmovilizaban en el silencio inquietante de los que callan porque se temen o algo ocultan.

Ambos personajes hubieran querido esquivarse y huir; pero ambos también adivinaban que lo que demacraba la cara de uno y agitaba el corazón del otro, era la proximidad inconfundible del choque final.

Se retiró a un ángulo el mayorazgo mirando las llamas que divagaban sobre el rojo crepuscular del fuego.

Doña Angela iluminada a su vez por aquel resplandor ocre, sondeaba el silencio, midiéndolo con las cuentas de su trisagio.

El mayorazgo proseguía sus paseos, y la sombra transparente, que se quebraba al extenderse de la pared al techo, tembló en el muro. Iba a interrogar a la esfinge que echada en su sillón le cerraba el paso:

—¿Y "la pobre"?

La santa se irguió. Parpadeaba, escrutando el vacío:

—Confiésate con tu madre.

Se resistía, detenido por el orgullo, infierno de su raza.

—Vengo en busca de algo sin lo cual no volveré.

Los separaba—hoguera en pequeño—el brasero de cobre labrado.

Temblaba la esfinge y sus ojos medio ciegos, que conservaban la hermosura del orgullo, fulguraban bajo el encaje de su toca de dolorosa.

Cuentas de malaquita color verde veronés; luces veladas por la campana desvaída de los guarda brisas; palmas de Domingo de Ramos que pegándose a las rejas de cobre se defendían de la ventisca en invierno y de la solana en verano; todo el caserón se asociaba y concentraba en ese momento de supremo peligro.

La santa prosiguió su queja:

—Ah! el gavilán sigue pensando en "la pobre". Ya sé... Vienes a matarme.

Se tiró sobre los ojos que habían sido tan hermosos según el casto decir de las miniaturas en marfil, el encaje orlado de su toca de santa.

—Quieres arrebatarme al único sér destinado a continuar mis ideas cuando el Señor quiera sacarme de este mundo. Que Dios te perdone si este crimen puede tener perdón.

—Reclamo a una mujer de cuyo origen no sé todo lo que debiera saber. Nada más.

Hizo un ademán omnímodo de dominador seguro de imponer su voluntad:

—Será mía, pese a quien pese.

—Pues sepa el malvado que eso no sucederá mientras yo esté en este sitio... Ofrezco a Dios mis padecimientos, quien sabrá tenerlos en cuenta para la salvación de mi alma.

Levantaba, conjurando, la mano atada por rosarios, trisagios y reliquias.

Resonó ruido de pasos y puertas en el interior del caserón y, comprendiendo doña Angela que era "la pobre" la que venía de dejar recogidos a los asi-

lados, impuso silencio, llevándose la mano a los labios y la esmeralda translúcida se proyectó como algo litúrgico sobre su cara en que lo único viviente eran los ojos, que en la hora nona de su vida fulguraban de nuevo anegados de ira y de pasión.

Apareció "la pobre", es decir la vida. Sin saber quien la esperaba, venía a carearse con los dos seres antagónicos que discutían su suerte, su senda, su cuerpo, contando la santa con el poder de la fe y del ejemplo; contando a su vez el mayorazgo con la eclosión del instinto.

No esperaba ella sorpresa tan anonadante y el placer y el terror a la vez la clavaron en el marco de la puerta en que la luz de adentro y la obscuridad de afuera formaban un claro obscuro de inquietud y de misterio.

La santa y su hijo observaban intensamente.

—Bienvenido—dijo la recién llegada, mostrando la suma bondad de su cara, que volvía a la palidez habitual, devolviendo a su sitio la sangre del corazón.

Recobraba la timidez impotente de lo que no tendría fuerzas para luchar.

La miró el mayorazgo, penetrando todo su organismo, violándola con sus ojos altaneros.

La retenía, la dominaba sin ordenar: quería hablarla y la hablaría esa misma noche sin que nadie los viera.

Nada sabía ella de complicaciones ni extravismos; pero el instinto, llevando toda la sangre hasta el corazón fulgurante, le decía que su suerte estaba echada.

Había alzado los ojos con inocencia y un momento después ya los bajaba con simulación.

Quedaba al dramático arbitrio de la vida y de su perseguidor implacable, que venía a derrumbar los proyectos de asilo, de santidad y de Colonia.

El mayorazgo saludó con gentileza cortesana, inclinándose ante su víctima desconcertada. Se retiraba y hacía un ademán de adiós y de imperio:

—Quiero saber, por qué no tiene esta mujer más nombre que "la pobre".

Tomando, en demanda de auxilio la cruz del pecho, y refundiéndose en el claro obscuro formado por la luz de adentro y la obscuridad de afuera, "la pobre" desapareció.

SEÑOR, OYEME...

Era sin duda el Demonio el que había entrado al caserón cuya dueña se vanagloriaba de estar divorciada para siempre de la vida exterior.

¡Con qué dura guerra venía el mayorazgo a amargar esas ideas!

Rebelde a órdenes y a consejos, llegaba a interrumpir con soberbia de dueño y señor el destino de todos los vencidos albergados en el naciente asilo.

Pensó la santa en llamar esa misma noche al Capellán para pedirle consejo y, al día siguiente, hacer comparecer ante el Cristo patrono, al mayorazgo y a "la pobre" con su rebaño de miserables.

Luego, pediría a su hijo por Dios, por ella y por los pobres que se alejara y que en espera de una santa muerte le permitiera realizar sus proyectos.

El mayorazgo querría dejarla concluir sus días como habían terminado sus antepasados los suyos. hace siglos, sin flores ni coronas, sino con mortaja y rosario entre las manos.

Llamó. Temblaba.

Al aparecer "la pobre", le pidió que la acostara.

No hacía bulto en el lecho cuyas colgaduras ponían un marco profundo a su figura prematuramente anciana.

—Otra luz—dijo con una voz que parecía el simple roce de las colgaduras fastuosas.

Quería leer sus oraciones; pero también quería hablar.

Extendió los brazos en que la piel modelaba prolijamente los huesos:

—Acércate. Luego estarás sola en el mundo... Yo no he de durar. Sufro y siento el fin de mis días.

Apareció en seguida la palabra lacerante, que siempre hería porque estaban vivas, aunque muy ocultas, la mujer y la vanidad en aquel ser que despertaba en silencio como la naturaleza tras cada solsticio:

—Ha de saber *"la pobre"* que hay alguien que por mandato del demonio quiere arrancarla de esta casa, que ya es santa... santa.

Había dicho demasiado y meditaba de nuevo, retrogradando muy lejos en su vida, siempre conturbada.

Dios quería castigarla porque acaso ya era tarde para cerrarle el paso al mundo de hoy, alzándose ante él con su Cristo y su caserón. Santidad tardía... Aislamiento que acaso era orgullo y no humildad.

Balbució distintamente:

—Hágase su santa voluntad.

Se encontró sola:

—Me deja...

Sentía al fin el dolor que anonada, alejando la idea del castigo o la venganza:

—Se ha ido.

¿Sería esa la última noche de sueño y de quietud del caserón, que postulaba para convento, enclavado en medio de las construcciones modernas que lo sitiaban, quitándole la luz, humillándolo con su altura, siendo que era él el que ennoblecía todo el barrio con su sosiego orante, su huerto y su órgano tallado?

La santa parecía muerta con la cabeza caída sobre la almohada y las manos abandonadas sobre el edredón.

El rosario de malaquita verde veronés, serpenteaba de nuevo, buscando plegaduras para escurrirse, arrastrado por la pesantez de la cruz de oro y topacios.

Chirrió la luz al caer alguna partícula extraña en la pavesa funeral y la cera inflamada se desprendió de la llama, rebotando en las arandelas de cristal.

El rosario cayó por fin al suelo.

Era demasiado tarde para llamar.

Se equivocaría como otras veces, creyendo escuchar algún rumor. Serían cosas de la noche, que es cuando más poder cobra la fantasía; serían voces del silencio que con la misma noche se irían.

Sentía la tenebrosa cercanía de lo desconocido.

¿Habían abierto la puerta que daba entrada al huerto?

¿A esa hora?

Serían cosas de la imaginación, cosas del silencio que la luz no tarda en desvanecer.

No era sólo de la santa esa inquietud.

Caída en su retiro, convertido en celda, no sentía "la pobre", tomado todo su cuerpo y todo su espíritu por la mirada desconcertante con que la había emplazado el mayorazgo?

¿Podía siquiera disimular ya el total vencimiento que la poseía, quebrantando sus votos?

La luz de la vela delataba borrosamente su figura fantasmagórica.

Estaba tan extenuada su fisonomía, que hubiérase dicho que no había nadie en la celda blanqueada.

Miró sus santos y el San Pedro de Alcántara, que levantaba en alto una cruz de madera, parecía decapitado al ocultar en la sombra su cabeza suplicante: no la oía, entregándola a la voracidad del instinto.

La campana de un convento cercano daba las horas—altas horas—, despertando a las adoratrices para que fueran a la iglesia desierta a prosternarse como las figuras de piedra que velan el sueño de las tumbas yacentes.

Salió "la pobre" y la puerta del huerto de los lisiados le franqueó el paso hasta una sombra que se proyectaba en el brocal de la noria.

Rendida sin lucha, deshecha en llanto,—anticipaciones con que suele dramatizar el dolor hasta el momento fulgurante de la caída—se refundió en la mancha retinta que junto al pozo proyectaba la figura del mayorazgo.

—He vuelto.

—He venido...

Se oprimió a él, buscando algo poderoso a que asirse.

—Juntos...

—La vida...

Su sollozo, expresión de la misma sombra, se difundía llegando hasta la noria.

Exploraba a tientas la cara del raptor extraño, que había crecido con ella, y que un día empezó a alejarse, cuando la santa ordenó que en adelante se observara con rigidez la distancia insalvable que siempre existiría entre "la pobre" y el mayorazgo.

La estrechaba saciándose al fin con la timidez, con la inocencia de aquella mujer que no tenía ni ruegos ni promesas ni rebeldías y que en todas las ocasiones era el sér vencido por el sér más fuerte.

Se sentía dominada y siempre lo había estado, apesar de sus promesas, por el hombre que le parecía de otra raza y de otro medio y que en ese instante tomaba su cabeza como un juguete entre sus manos omnipotentes.

Despertaba la mujer y "la pobre", ascendía levantando los brazos inflamados hasta la cara del mayorazgo.

Alzaba sobre el pecho la cabeza anhelante y volvía a hallar la fisonomía de su victimario, sacrílegamente semejante con la de una de las imágenes de su celda. ¡Cómo podía fundir así el Demonio al Crucificado con el crucifictor! Encanto y turbación a la vez, este nuevo remordimiento era

herida, hecha por un sér divino, en el mismo corazón, como a la santa de Italia.

La poseía ya la tentación y cuando sonó de nuevo en el claustro cercano el toque de las adoratrices, la señal de la cruz, desflorándose en su mano, no pudo llegar a los labios que ya habían fecundado de caricias la cara maldita que le evocaba la imagen de su devoción.

Perdida para no volver la paz de dulcedumbre de su vida, reposó su frente en el pecho del mayorazgo, sintiendo en vez del frío serenador que había percibido tantas veces al besar la cruz, algo quemante y perturbador. Y volvía a adherirse, temblando de placer y de terror, a ese sér imperioso y esquivo en quien el amor se mezclaba con la necesidad de tener cerca algo humilde y rendido a lo cual dominar y proteger.

Absorbiendo en su cara el resplandor estelar de la noche, vislumbraba la fisonomía del mayorazgo, encendida poco a poco por la idea de no hacer el mal por el mal. Fulguran de súbito visiones nuevas cuando el espíritu se agita profundamente.

Se escuchó algo que entre las sombras es extraño cuando no siniestro: una sonrisa, seguida de una blasfemia:

—El mayorazgo de quien se creen todas las cosas, tocado por el bien en el mismo momento del mal, es más que un santo, es un redentor porque no viene sólo a levantar una mujer. El mayorazgo ya no es el mayorazgo... Es el igual de "la pobre". No es el demoledor del asilo, sino el res-

taurador de la vida, no como debía ser, sino como es: placer, miseria...

Vacilaba:

—Miseria que reside... en la carne, dueña del espíritu. Y si la santa se empeña en revivir el pasado, el rebelde trae aquí la vida tal como será siempre porque el espíritu, si se detiene a veces, no por esto logra transformar la carne... Es esta, la que ha de comerse la tierra, la que aprisiona a aquél.

Hermano Hamlet, hermano Segismundo...

Una gota de agua, como si cayera en un cántaro lleno con oro de entierros, cantó en el pozo.

—¿Qué soy?... Un hombre... que aborrece a los hombres porque reconoce en cada uno de ellos, domadas u ocultas, sus mismas maldades... Un vencido que esconde lejos su temor, que es desaliento; un hombre que se siente espiado y perseguido por todas las miserias y que en esta noche brega por escaparse desde muy abajo hasta muy arriba porque ahora se cree redentor... Hermano Hamlet, hermano Segismundo...

Sus brazos simulaban una cruz alada y tambaleante en medio de la obscuridad estrellada.

Abrazó a la víctima, formando un mismo sér con "la pobre", elevada hasta la altura altanera de su raza señorial, que la santa quería que se extinguiera retrogradando, si no había de proseguir una selección superior:

—Soy tu igual... El bien te llama "la pobre"; el mal, por el único nombre humano y cristiano:

mujer... El pobre, el que por el solo hecho de obrar bien, se cree redentor, ese soy yo, el caído tantas veces de las alturas; el que esconde las pasiones que no podrían dominarse ni dominar, en tiempos de artimañas y lacerías...

Allá, tal vez pueden ser más los días del bien que los del mal y si hoy soy malo, mañana podré ser bueno. Allá—señalaba la lejanía montuosa del campo—soy poeta; pero sin estéticas de capilla; legislador, labriego y antes de ensayar una ley la practico en mí mismo. Allá soy el mayorazgo y terrateniente; aquí el loco. Allá tengo dos viviendas; una, en alto, se disimula con el faldeo en que se recuesta, familiarizada con el viento, construcción de nubes, transparentada por la luz; la otra, es para cuando no llegan al espíritu ni el mismo sol ni el mismo viento: es una casucha cercana a la mina, que no se sabe a ciencia cierta de qué es, y en ella, como en el alma y las "Moradas", hay que extraviarse muy adentro en busca del grano de oro, que se ha perdido o que no existe... El caserón saturado de luz, es para los días de luz y la casucha aviesa de la mina para las horas en que la vida se retuerce y el espíritu intenta sepultar en las sombras las desgarraduras que se reabren. Hay refugios taciturnos donde se va a ser bueno un día y malvado otro.

¡Extraño lenguaje irreal!

—Me he confesado al llamado de la verdad. Los engaños y las luchas sordas terminan esta noche con el derrumbe de este último pedazo de Colonia quimérica.

"La pobre" experimentaba sed de fiebre y su cabeza extraviada se sentía consumida por la simultánea convulsión de la carne y el espíritu.

Se desprendía en pavesas la infamante vestidura de hospicio, proyectando en cambio cerca de la noria la mujer febril que repetía el nombre del mayorazgo, alzando ojivalmente los brazos.

La carne, engañada y contenida, recuperaba sus fueros de trágica manera y "la pobre" crispaba las manos sin joyas y que aún no sabían acariciar en ademán de repeler la corona del martirio. Es tan hondo lo que se remueve en el sér cuando, mezclándose con la pasión, aparecen indefinidos presagios de adversidad!

Ah! no había de oir más la voz interior de Cristo al alma fiel: entraba a la inquietud, perdida la gran paz de que habla la Imitación.

¡Hora suprema! La rosa mística caía brutalmente desgarrada sobre las espinas de la vida.

Buscó después con sus manos enloquecidas al Cristo que aún pendía de su pecho jadeante y la pequeña cruz, saturada con los besos de la infancia lejana, se deslizó entre ambos senos, defendiendo aún sobre la misma carne estremecida, a la que cambiaba por el dolor sus vestiduras de asilo.

Brilló una luz—tal vez algún resplandor desprendido de la cruz caída en la tierra.

No fué, con todo, tan rápido, aquel reflejo, que no alcanzara a proyectar sobre una pared del fondo los brazos enlazados que parodiaban un simulacro de cruces, como que a veces basta que el hombre extienda las manos a través de las som-

bras para que parezca crucificado en su propia cruz por el delito de querer un poco de felicidad.

La altivez del mayorazgo parecía vacilar:

—Ha brillado una luz...

—Una aparición...

Era supersticioso hasta el terror y siguió mirando el murallón embozado por las pasionarias. Reaparecía en su memoria la conseja infantil de que oyen las paredes y ven los matorrales.

—Es verdad que la santa suele pasar a esta hora al oratorio.

Ah! velaba tal vez, perseguida por la angustia de sus temores.

"La pobre" se llevó las manos al pecho y como sobre el extravío de su caída rielaba otra vez la fe, buscó de nuevo afanosamente la cruz en que durante años había fijado los ojos, velados por la oración:

—Mi cruz...

Se arrastraba, serpenteando sobre la tierra:

—Mi cruz...

La pequeña capilla del caserón habló a su vez, es decir, balbució el órgano algo que la emoción no dejaba articular del todo.

Sí, era la santa la que había pasado a la capilla desvelada por sus inquietudes. Pero no resonaba como otras veces el órgano tallado, y sus notas sin continuidad parecían vacilar.

Sin embargo, cómo reanimaba todo el pasado esa voz de adiós, que se hacía cada vez más clara, deletreando un último ruego estéril.

—Señor, óyeme y que alcance hasta tí mi clamor...

"La pobre" llegaba hasta el murallón del fondo y el rosal que no daba más que espinas, la prendió hiriéndola en el cuello.

Era necesario huír de la luz que empezaba a restituír las cosas a la verdad y que luego iba a delatar el término de una edad y el comienzo de otra en que a cada nuevo amanecer se encontrará que se ha ido algo imperceptible de la frescura o la belleza, como si nunca dejara de delatar la claridad las miserias asociadas a la sombra.

Llegaba, pues, el momento en que el caserón debía entrar al drama de la quimérica ideología de que era anuncio el órgano, que se despertaba extraviado en medio de la obscuridad.

Al pasar cerca del cuarto en que dormían los asilados, los culpables se detuvieron, paralizados por la amenaza que siempre emerge de la desgarradura o del harapo. Se oían los ahogos de las aortas insuficientes y por las junturas de la puerta se filtraba podredumbre de huesa a campo abierto.

El miedo—el verdadero terror—desenlazó las manos de los fugitivos y el mayorazgo se alejó con sigilo. Había restituído su fuero material a la vida; pero al sentir aquella fetidez de muerte, recordó que aún ignoraba si el silencio de la santa sobre el origen de "la pobre" encubría algún terrible misterio, y sintió de nuevo el mismo horror a lo extraño que lo había perseguido tantas veces.

ACTA EST FABULA

Se prolongaban con otra expresión los ecos; no era la misma de cada día la luz que diluía las sombras y parecía patente que una mano extraña había dejado en cuadros y reliquias el vestigio de algo delator.

El portón al abrirse hizo sonar de manera nunca oída sus herrajes y en la piedra de los escudos había florecido una yerba sin nombre, anónima del color y los perfumes.

El agua de la fontana delataba con sus vibraciones cualquier simulacro de sonido y en su linfa vidriosa, ondeaba el reflejo de los aleros y volantes del patio que hospedó carrozas y literas—, tanto vió lo viejo, que poco cuenta de lo nuevo: lo retiene; pero entregando a los años la misión de espiritualizarlo, fantaseando leyendas y romances. Sinfoniza los sonidos y si el agua de la pileta, refleja entre las hojas que sobrenadan al ave que viaja de una a otra nube, es porque algo augural quiere advertir.

Sonó también de una manera especial la cam-

pana que contaba en el huerto las horas centenarias del caserón, invadido por ideas encontradas que pasarían sobre él calcinándolo: no iba a ser, en efecto, la misma figura cotidiana la que cruzaría los patios en demanda de los asilados. Es que no era la misma de todos los días la recién entrada en la vida: la timidez había sido suplantada por la inquietud y de tiempo en tiempo ascendía la sangre desde el corazón dorando el marfil de su figura de locutorio. Devuelta a las facciones la blancura habitual, dos sombras violáceas, primeros rastros dejados por la desgarradura pasional, se adherían a los ojos, emaciando las facciones con expresión que antes no tenían.

Le parecían una profanación sus oraciones del día y el santo que alargaba la cruz penitencial, la perseguía esta vez con el reproche dulcísimo de su mirada inefable.

Estaba demás en el caserón.

Cayó de rodillas y el santo volvió a mirarla como siempre, inclinándose para levantar al sér débil, que se acogía otra vez a la fe impregnada de dolor.

Salió al fin; pero asediada de nuevo y tan de cerca por la tentación, que veía palpablemente al mayorazgo.

Los expósitos se removían en el huerto, alarmados como si alguien, la noria o el rosal reseco de que ya no se podían hacer ramilletes sino coronas de espinas, les hubiera dejado adivinar que todo cambiaría muy luego.

Entonó el Padre-Nuestro, rezado al centro de

sus pobres, enguirnaldada de miseria y humildad.

Los esparció luego en el huerto y el ciego, a poco de gusanear en la tierra, tanteaba con sus manos de cera algo que acababa de encontrar: la cruz, azotada la noche antes en los azulejos de la noria y que se había escondido entre la yerba.

—Una cruz,—clamoreaba la voz, habituada a no hacerse sentir.

Se agitaron los demás expósitos disputándose el hallazgo, restituído por mano de menesteroso al cuello de que se había desprendido para dejar sitio a las espinas.

Vacilaba "la pobre" antes de colgársela de nuevo: no le pertenecía, estaba demás en ella. Lastiman cuando vuelven ciertas cosas que han vivido una misma vida, haciendo la ilusión de que acompañarían hasta el fin de la jornada: al desprenderse, desgarran y al regresar, hieren, evocando lo que no ha de volver.

Hubiera querido esconderse y morir de una vez porque no se sentía con valor para volver ante la santa, que había soñado tanto tiempo con vestirla de monja de su convento y su Colonia ideal.

Cercada por la guirnalda azul de los degenerados que se prendían a ella, como ella se había prendido del mayorazgo, mendigando la caridad, más necesaria que el pan, de una caricia, vagaba por su huerto de la amargura, cerrando los ojos; sintiendo frío interno al ver palpablemente al mayorazgo siguiéndola con los brazos en cruz... Llegó hasta el rosal que clavaba en el paredón el drama ensangrentado de sus ramas despojadas y vió sólo entonces

que la cruz que de nuevo la protegía, ocultaba con sus brazos extendidos el desgarrón que la noche antes le habían hecho las espinas.

La santa recibió una vez más el cotidiano beso en la mano; pero en esta ocasión "la pobre" hacía esfuerzos por no romper a llorar y confesar, mostrando el pecho herido por el rosal, que venía a decir adiós, a pedir perdón antes de dejar la vida y el solar de que ya no era digna. Insegura, se llevaba las manos a la garganta: no saben mentir de súbito los que antes no han mentido y acaso por esto, más fácil que descubrir al malvado, es descubrir al inocente que cae.

—Te esperaba—dijo la santa, suspendiendo entre sus manos, como quien levanta algo caído, la cabeza de marfil.

Sonó, pues, prolongándose como si quemara la carne el beso de todos los días y acercándosela, protegiéndola con sus manos venerables, empezó la santa a hablar de los asilados:

—El cieguito no va bien. No. Los pobres no saben estar alegres y sabe Dios si es mejor que nunca lo estén porque es necesario que inspiren compasión.

¡Compasión y no amor!

—Quisiera verlos.

¡Ah! y si el pequeño ciego con abstracciones de hombre provecto, relataba el hallazgo que había conmovido a todos los asilados?

La santa insistió; pero retardando la visita:

—Los veré más tarde.

Volvió a hablar del cieguito: era el que le ins-

piraba un interés más cercano al afecto. Solían traerlo a la capilla para que escuchara el órgano y entonces se agitaba confusamente, como si su sitio no fuera el caserón sino algún portón de iglesia en que recogerse sintiendo de cerca el rumor oceánico de la vida.

—¿Y don Juan? Aún no acepto del todo este nombre con que el Capellán quiere afrentar la vanidad que en extraviar a aquellas a quienes deja la mano de Dios, tienen ciertos malvados, que ojalá no se crucen en tu camino de perfección... El Rey y también mis antepasados, tenían pobres que los hicieran reir con su figura; pero como el mundo ha salido para siempre de esta casa, quiero otro nombre para don Juan. Y así ha de ser, sin dejar tiempo al tiempo porque tengo ciertos presentimientos... Los tengo.

Hay algo que me dice que debo arreglarlo todo porque cualquier día ha de disponer Dios de mi alma. Van pasando los años y si se va una inquietud es para dar lugar a otra mayor. Anoche, era un desasosiego, un desvelo... Quería llamar y hasta me parecía oír ruidos en el interior. Me dió en recordar lo que dicen desde hace tanto tiempo: que aquí penan y que el rosal del huerto se ha secado porque sus raíces han dado con un cántaro lleno de monedas...

¡Rosas de oro, en vez de rosas de altar! Fantasías de los pobres, como la de que ese mismo rosal deja prendidos a los que a deshoras se aventuran cerca de él. La noche hace ver las cosas de otro modo y agranda las inquietudes que después disipa

la luz... Feliz "la pobre" que no tendrá nunca ni faltas ni remordimientos porque la providencia protege a los que han de dedicarle su vida! ¡Qué haría en el mundo, sola y sin saber siquiera de dónde viene!

Hería hondo, a sabiendas, para sumergir más a la huérfana en sus votos de consagrarse a lo que era: miseria acogida por la caridad. Ignoraba la santa que cada herida en lo más viviente del sér, apresura la rebelión de la mujer, que nunca deará de creer en secreto que es capaz de triunfar de todo.

Siguió acercándose cautelosamente a su objeto:

—Felices los que han tomado una resolución sobre la cual ya no pueden volver. Está escrito que no saldrás de esta casa, que debe ser santa por si alguna vez pasó por ella la tentación, y Dios que ha dado a su hija la vocación, hará de "la pobre" lo que alguna vez ha de ser: la fundadora de una nueva orden... Sólo el mayorazgo me da guerra por esta idea y por algo creo a veces que el Demonio se ha entrado a nuestro asilo. Que Dios perdone al malvado porque anda extraviado y sigue por mal camino.

Alzó los ojos como si lo viera y ante el temor, cada vez más evidente, de que persistiera el mayorazgo en su propósito de desbaratar su resolución de emparedarse en el caserón, la santa no dormía, presintiendo la cercanía del asalto implacable.

Buscó la fisonomía de "la pobre" cuyo llanto le quemó las manos.

¿Qué tortura repentina podía ser la que así postraba y humillaba a su víctima?

¿Es que el drama había invadido ya el caserón en que empezaba a merodear la misma muerte?

La santa levantó entre sus manos la cara de "la pobre".

—¿Qué mal te persigue? ¿Ha vuelto a esta casa la tentación? Reconoce al malvado... Míralo, es el Demonio.

Su boca se secaba con aridez vegetal; su piel modelaba con fidelidad impresionante detalles anatómicos que sólo la muerte hace aparecer y su voz, domadora de ajenas exaltaciones, perdía el ritmo habitual, dilatándose o contrayéndose, modelada por el corazón:

—Míralo...

Adivinaba la realidad del peligro delatado por el súbito dolor de "la pobre", ya aplastada por la vida, que no se renueva sino destruyendo. La levantaba, buscando de nuevo en sus ojos esa timidez resignada a la cual sólo faltaba la aureola apaciguante de la toca monjil. Pasaba del furor al afecto que ya no alcanza, a fuer de tardío, a los desheredados del amor y las caricias:

—¿Por qué lloras, alma mía?

El llanto contenido, ascendiendo, se convertía en poema porque era sincero y dispersaba con sus ecos la paz que el caserón venía rimando con la gota de agua de la noria.

—¿Lloras porque el Demonio está cerca de tí, no es verdad?

Míralo... Sí, está aquí—repetía con exaltación visionaria.

—Quiere despojarme, enseñorearse en la capilla; aventar el pasado; vender como antigualla el Santo Cristo; arrojar a los asilados y hacer de "la pobre" su presa... Sí, es el Demonio.

Anda trasegando en mi refugio para alimentarse con mi paz... ¡Míralo!

Se había levantado y su figura enfrentaba al Cristo que parecía oir, desprendiendo los brazos sangrientos que la poca luz no dejaba percibir del todo.

Hubo una tregua de silencio y como un eco de la monotonía cotidiana, se escuchó en el huerto el discordante runruneo de los lisiados. Resonaba muy distante, como si el caserón se hubiera puesto a marchar, perdiéndose poco a poco en lo que ha debido ser y no es más.

Se arrastró "la pobre" hasta el pequeño altar. Huiría sin descifrar el misterio de su llanto. El dolor apretaba su garganta, herida por las rosas y manchada por la vida: amaba el caserón de la noria musical y el rosal despierto en las noches.

¡Cómo desprenderse de lo que más florece mientras más se aleja!

Estaba tomada por todo aquello y sentía la iniciación hacia lo aislado y superior.

Se erguía apretando las manos sobre la boca; desvariaba; profanaba el pequeño altar porque en realidad era hacia la silueta imaginaria y domina-

dora del mayorazgo donde tendía los brazos. Y como si la santa adivinara la aparición del perseguidor, seguía repitiendo:

—¡Míralo... Es el Demonio!

Eran el caserón, la autoridad abolida o desvirtuada, la propia Colonia los que clamaban de consuno al sentirse amenazados en el último refugio de la tradición:

—Que caiga el castigo de Dios sobre el que amaga esta gran obra.

Extendía las manos trenzadas por el rosario, gastado por la oración en guerra con la vida.

"La pobre" dejó de llorar, como si la verdad fuera a serenar con expresión definitiva la fisonomía del sér tímido para quien la existencia no había sido algo propio sino el reflejo de ajenas ideologías.

—Habla para arrojar de una vez de aquí al malvado. El mal está en los demás y no en nosotros y es mi hijo, el que ya turbó los mejores días de mi vida, el que me persigue. Ayer fué mi esposo, a quien Dios haya perdonado, el escarnio de esta noble casa; hoy es el mayorazgo.

La voz airada transmitía a todo sus vibraciones y las frases de maldición se estrellaban en los muros cargados de imágenes:

—Ha vuelto el Demonio; pero no por esto cambiaré yo de voluntad.

La respiración se concentraba, delatando la agitación de todo el ser, apresado por el dolor, sólo soberbia, del fracaso y el abandono:

—El Demonio... Míralo!

El mayorazgo, implacable de impasibilidad, se detuvo en el umbral.

Era aquella gente de otra época; se enfrentaba para batallar, y madre e hijo renovaban esta vez escenas de casa señorial, agrias disputas de romance, resurrecto en plena época de lacerías, que no resistirían el rojo purificador del hierro.

Se recoge la ola para saltar más alto y la santa monologó en voz baja:

—No nos deja el mal que nos ha perseguido una vez y el que a mí me ha asediado quiere ahora que sea mi único hijo el que destruye la paz de mis últimos días. Querrá Dios que así sea.

La amargura que en forma de sospecha venía ahogando al mayorazgo, reapareció de súbito. Secaba los labios y las gargantas la violencia contenida y en la dulcedumbre del oratorio, percibíanse las palpitaciones y atisbos de la tragedia.

Alzaba el Santo Cristo su cabeza vengadora. y "la pobre", caída a los pies de la cruz, parecía desprendida del cortejo de las santas mujeres.

—El Demonio...

—El hijo único— interrumpió el mayorazgo, paladeando la miel envenenada de la ironía. El hijo único...

Clavó la santa con la vista al encubierto acusador, y la monstruosa sospecha que su hijo intentaba lanzarle por segunda vez, le produjo cierto alivio porque le hizo imaginar que si así pensaba, dejaría a "la pobre" ante el horror de que fuera la misma sangre la que los animaba.

Ignoraba la santa que ese temor vago, alzándose

ante el caserón, había retardado la catástrofe; pero sin extinguirla porque la sospecha suele ser llama que incita en vez de soplo que apaga.

Los desvelos de tantos años sólo habían logrado hacer más lenta la marcha de uno de esos dramas de otro tiempo en que el postrer personaje, la muerte, aparecía corriendo el telón sobre un escenario de ocaso.

Las palabras enigmáticas del conjurado estallaron de nuevo:

—El hijo único se hunde más y más en el campo, que no produce y en la mina que se aterra, y como tampoco quiere a la ciudad, sigue haciendo de encomendero venido a menos en sus tierras de secano. El mayorazgo vive, pues, de mala manera, soterrado en sus campos; mira de tiempo en tiempo a la ciudad y aunque la santa, su madre, se niegue a creerlo, viene de nuevo por esa mujer cuyo verdadero nombre ya no le importa.

Se alzó en el huerto el bordoneo oral de los asilados y "la pobre", como si las palabras del mayorazgo fueran redimiéndola, levantaba su cabecita menuda en cuyo cuello que se distendía había algo de la serpiente que se escurre, mordiendo una rosa encarnada bajo los pies palpitantes de la Virgen triunfante.

El cubo de la noria dejaba caer en el propio corazón su gota de agua y las raíces redivivas del rosal rebrotaban flores, en vez, según la conseja, de abrazar el cántaro de oro oculto.

El mayorazgo venía, pues, en son de asalto a lo que la santa había creído recinto invulnerable, cas-

tillo con cruz de hierro sobre la escarpa que cubría la campana, diminuta cual patinada venera.

La maldad se encaraba a disputar a la santa lo único que su autoridad había logrado transformar y mantener: el caserón y la vida—, que deja de ser tal sin la perpetua traición de las alegrías y los desgarramientos. Comparecían al fin dos cosas que suelen llegar juntas, aunque no siempre marchen de la misma manera: la verdad y la realidad. La primera retarda a veces su aparición hasta que llega cualquier día en su busca la segunda. Entonces, refulge la tragedia, reagravada por el silencio.

Primero su orgullo la había inclinado a no decir a tiempo de dónde venía "la pobre", el primer expósito de la casa. ¡Cómo podía pensar que andando los años iba a complicarlo todo el carácter extraviado de su hijo! Había creído más realizable su idea, llevándose con la muerte su secreto y creyó suficiente decir a su hijo que "la pobre" no era de su condición; que nada tenía que ver con su raza y que, para dedicarla sólo a Dios, la destinaba a quedar sin nombre. Y encerrándose a poner en práctica su hermoso proyecto, había vuelto poco a poco al pasado, que veía como algo rígidamente dividido en clases, extrañas a las mezclas y confusiones de la vida de hoy: tenía de otros tiempos, y por eso intentaba restaurarlos, una concepción ilusoria, sugestión austera de su propia soberbia.

Andando los años, creció el peligro, primero vago del mayorazgo, convertido en una mezcla extra-

vangante de puritano y depravado, de creyente y de rebelde.

Qué podía apasionar al malvado en la cuidadora de miserables, vestida con traje de hospicio, que afrentaba y disimulaba sus formas de mujer, y con la cual la santa había sido cruel más de una vez: un día cortó ella misma el pelo de "la pobre", que sonreía con los ojos humedecidos.

Fué más lejos la santa y palpando los senos que irrumpían en líneas modeladas en la carne floreciente, le dijo en secreto que habría que deshacer todo eso, si había de dedicarse para siempre al servicio de Dios. Vino después la afrenta de las vestiduras que caen en pliegues yacentes.

De nada había servido tal sacrificio; se tambaleaba el caserón y, en efecto, ahí estaba el demonio, magnífico de terquedad y de orgullo, creyéndose, a su vez, un redentor.

No huía después del estrago, luego era cierto que consideraba su igual a "la pobre" y que, tocado por el bien, venía a unir por sí y ante sí su raza contradictoria y próxima a extinguirse con ese ser saturado con la bondad conmovedora de lo indefenso.

—Todavía eres mi hijo...

Las luces del pequeño altar—, gotas de sangre convertidas en luz al caer de la frente del Crucificado—se retorcían sobre los cirios.

—Soy sólo el mayorazgo, que reclama la verdad.

Hacíase, pues, más hondo el distanciamiento, perpetuando la terca incomprensión de dos caracteres hechos para la contienda y no para la quietud.

—Pues bien, tu madre...

—La santa.

—Sí, la santa quiere que dejes esta casa porque el mal sigue guiando tus pasos.

—Me iré; pero llevando a la mujer en cuyo nombre infame...

—Santo...

—Hay un misterio.

—Un misterio?...

El caserón de altas ventanas en que se ostantaban aprisionadas las palmas benditas; el convento ideológico, reacción militante, torturada reviviscencia de la Metrópoli monástica que amalgamó el orgullo con la fe hegemónica, todo parecía estremecerse y disgregarse, parodiando la confusión teatral de un escenario arcaico en que la realidad desmonta apresuradamente la decoración de otra época.

Como otras veces en horas de beatitud conventual, desprendióse, siguiendo a través de la seda la modelación del cuerpo macerado el rosario de malaquita. Parecía que antes de desvanecerse, en el tiempo y la fantasía, era la última vez que iba a poderse ver esa figura bajo cuya cotilla en punta asomaba la llave del vargueño, guardador de la mortaja.

—¿Y el Demonio está seguro de su víctima?

—Viene a devolverla a la vida, arrancándola de lo irreal.

Acentuaba sus palabras con rudeza de noble señor, que se lleva una mano al corazón y otra a la cruz de su espada de caballero de Calatrava.

Una postrera fantasmagoría lució ante la santa: el Señor protegería en aquel duro trance todos sus desvelos y "la pobre" rechazaría el mal, consagrándose al asilo ante su propio tentador.

¿No estaba ahí entre dos cirios el Cristo patrono?

—Dios de bondad, defiéndeme de los que vienen a destruir lo que ha de ser tu casa.

La santa abrió los brazos, enfrentándose al Santo Cristo:

—Señor, protege este rincón en que por tu pasión y por el alma de los míos me he vuelto contra las cosas de hoy, reviviendo tiempos mejores que los presentes.

Llamaba a "la pobre" con palabras en que se mezclaban el imperio y la bondad:

—Acércate porque el Demonio está amenazando mi obra; abre los brazos y repite muy alto que de aquí no saldrás porque el asilo es el sitio de tu única salvación.

"La pobre"—postrera obediencia—se arrastró sobre las tablas gastadas:

—Perdón...

En el cuello, sobre el azul hospiciano del traje, percibíase el zarpazo delator del rosal seco. Modelada por el dolor, su voz se inflamaba junto con la luz de los cirios, rozando el cuerpo martirizado del Cristo de la expiación.

Crecía en el umbral, cerrando el paso, la figura impasible del mayorazgo y ante esa sombra evocadora de lo que no tiene más remedio que la muer-

te, la santa se había replegado a su sillón como para presidir desde su sitio tradicional el derrumbe o la salvación de todo aquello.

"La pobre" se cubría la cara:

—Perdón...

Avanzó también el mayorazgo con la solemnidad de quien sabe cómo pasan las cosas en la vida y en el teatro, acaso porque es la primera la que se parece al segundo, sin que éste logre copiar sino malamente a aquella.

Su voz de tragediante y de malvado llenó victoriosamente el oratorio:

—Que comience la vida.

"La pobre" volvió hacia él sus ojos sumisos, capaces de triunfar del mismo mal: era la mirada obediente del vencido y, al descubrirla, la santa vislumbró lo que hasta entonces sólo había sido un temor; pero su deber era luchar aún hasta el último trance:

—Hija mía...

—¡Dulzura y maternidad tardías!—interrumpió ásperamente la voz trágica.

Y las palabras desgarradas se hundían en el corazón, delatando que todo estaba perdido y consumado al fin de su estéril vía-crucis. Ah! también se iba, apresado por la vida, lo único sincero y humilde, pero sin voluntad, que había florecido al paso de la santa en la oquedad de su existencia inhábil para el sentimiento...

El mayorazgo tendió los brazos a la que aún fluctuaba débilmente entre los dos seres que se la dis-

putaban, sin que ninguno pudiera señalarle un camino llano y sin conflictos.

Representaba uno el llamado de la vida y de la carne y el otro el aplastamiento de los gérmenes, fuego y escoria, que sólo la muerte puede domar, devolviéndolos a la tierra.

Empezó a alzarse: ascendía, como si en el suelo dejara hechos una mancha creciente el pasado y las vestiduras que habían mantenido disfrazada y ultrajada su belleza de mujer. ¡Qué alto y blanco parecía ahora, al desanillarse, su cuerpo ya adherido a los ojos, inflamados por dentro!

Se abrazó al mayorazgo; pero no como se abraza a un sér viviente sino con la convulsión con que se palpa una visión.

Algo blanco ascendía con luminosidad lunar en demanda de una caricia que testificara en pleno oratorio profanado la sedienta consagración a la vida y la repulsa definitivamente de los antiguos votos.

La santa trepidaba, anonadada.

¡Qué veía!

Era necesario emplear el mismo fuego de las hogueras que sólo arden con sangre:

—Malvado... Esa mujer es tu hermana... Bastarda de tu padre, nacida durante el matrimonio, silencié la afrenta para dedicarla a Dios porque era mi deber ocultar la falta con que el padre mancilló su propio hogar.

Creía detener el mal, violando al fin el terrible secreto.

Pero la duda del mayorazgo estalló de nuevo más brutal y más implacable que nunca:

—¿Hija... de mi padre, muerto hace tantos años?

—Por la salvación de su alma quise ofrecer a Dios la vocación de la mal nacida...

Azotó la cruz con sus brazos febriles y el Cristo de la expiación vibró también en su leño centenario.

Volvía a caer la que un momento antes irradiaba su cara sobre el pecho del mayorazgo: había alcanzado a sentirse mujer y tras su retractación, se convertía de nuevo en "la pobre".

El mayorazgo se inclinó sobre la víctima arrollada a sus pies.

Perdida su arrogancia, dejaba caer la cabeza, crucificado y traspasado a su vez de infinito dolor. Habló con humildad, interrogándose a sí mismo:

Está bien; pero ¿sigo siendo hijo de quien ha hecho coincidir la maldición con la verdad?...

Cruzaba las manos apretadas sobre el corazón:

—Está hecho el mal...

Miraba con terror al Santo Cristo:

—El mal...

Se amurallaba la boca, crispando los puños:

—El mal.

La santa alzó las manos para que en ellas se imprimieran de una vez los sagrados estigmas.

Bordoneaba en el huerto el canto de los miserables y antes de salir, el mayorazgo se inclinó ante la tragedia que seguía marcando con fuego sus pasos y su sombra informes.

Parecía, con la mano puesta sobre el pecho, una figura del Greco, retrocediendo más y más para

reentrar sin fe ni valor en la canallería confusa y sin individualidad de la vida diaria.

Tras él quedaban las dos mujeres, definitivamente aplastadas: en una, el dolor había desecho la fe saturada de orgullo y altanería; en la otra, resultaba frustrado el anhelo de entrar humanamente en la existencia.

Se cerraba así el episodio más sustancial del caserón inerte, ya sin ideas que enfrentar en son de lucha inflexible a la vida contradictoria y tornadiza de hoy.

Volaban las palomas, formando sobre la noria una cruz sonora y palpitante y la gota de agua monocorde continuaba cayendo en el misterio.

El recio portón hizo sonar sus labrados herrajes y reinó de nuevo un silencio desolado—anticipación a la muerte. La mortaja y la verdad salían juntas del vargueño.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

JUSTOS SIN CARIDAD

El Capellán había sido llamado de urgencia. Caso *in-extremis*.

Como los viejos lugares y las viejas cosas, que mantienen en la vida de hoy tiempos o estilos que se fueron, ciertos seres representan ideas inaplicables; sistemas sin adeptos; disciplinas caducadas. Perduran sin violencia en otra época, monárquica, clásica o monástica y sin sentir su inactualismo, parecen vivir bajo las viñetas de los libros olvidados que empiezan sus relatos con pintadas letras capitulares.

Cultivaba rosas y crónicas el Capellán y, a veces, se internaba en las miserias del arrabal en busca de pupilos para el ideológico asilo de la santa, de quien era más pariente lejano que consultor espiritual.

Cuidaba él mismo—número de alborada de la diaria jornada—las rosas, cuyas espinas no podrían hincarse en sus manos de desenterrador de papeles y pergaminos, y cuyos capitosos perfumes no po-

drían prevalecer ya sobre el olor penetrante que se desprendía de su caja de rapé.

Exhumaba a la sazón con minucias muy prolijas añejas crónicas en que siempre y hasta sin quererlo, hallaba algo viejo, muy viejo, parecido a lo nuevo, muy nuevo.

Indagaba por amor a la verdad y a la antigualla y, contradiciendo la índole de sus rebuscas, solía encontrarse con que no en todas las ocasiones, como creía la santa, fué notoriamente mejor y más moral el tiempo pasado.

A fuerza de vejetar en otra época, creíase contemporáneo de ella y, olvidándose de fechas, siglos, apostillas y distancias cronológicas, mentaba por su nombre a capitanes y señores entre los cuales mediaba la friolera de una que otra centuria:

—Don Francisco...

Aludía a Pizarro.

—Don García...

Citaba a Hurtado de Mendoza.

Natural familiaridad de parte de quien vivía y moría con personajes tan connotados!

—Páseme a Valdivia—decía a su acólito.

—¿Al Padre?

—A don Pedro.

En posesión del nobilísimo legajo, daba dos golpes a la dorada sobre-tapa de su rapelera, cuyas dimensiones permitían aventurarse a creer que alguna vez había ascendido por mérito y por años de guarda-incienso a guarda-hostias.

Sonreía a su manera, haciendo brillar bajo el arisco matorral de las cejas espolvoreadas de pol-

vo y ceniza, sus ojos penetrantes de erudito bondadoso que mientras más trasiega en el pasado, más claramente va coligiendo que, o mucho se engañan las gentes porque de hombres es engañarse, o mucho se parece al fin de cuentas la vida de ayer con la de hoy, como si indumentarias, estilos y regímenes aparte, continuaran siendo las mismas las pasiones; parecidos y emparentados los intereses; igual y siempre rebelde la carne pecadora, que ha de habérselas polvo a polvo con la tierra.

Rastreaba lejanías incógnitas hasta el momento de sus investigaciones, y con este motivo y a través de media centuria, entregada sin regateos a las rebuscas y a los rosales, se había topado, no sólo una vez con los antecesores que tanto alzaprimaban los alardes de la santa.

Se sonreía, domeñándose a manotones las cejas casi centenarias, y murmuraba al dejar sus legajos, y tomar su Breviario, no sin darle dos leves golpecitos, como para llamar al santo libro a la oración monótona de frailes viejos y latinazgos cotidianos:

—Así andaba el mundo por aquel entonces... Hay que convenir en que era gente sin letras ni alcurnia la que de la Corte venía a dar por estos peladeros, donde Cristo lanzó las tres voces... Aquí Lazarillo se armaba soldado, mientras por allá continuaba en sus andanzas el bueno de Alonso Quijano...

¡Cómo conocía a la Colonia y sus gentes! Ah, sí!

—Promediando el siglo décimo octavo, buenos negocios hizo por estos lados un Henares, venido

del Virreynato con encargo o pretexto de real situado. Fué dicho Henares factor u oficial, empleo de cuidado al cual correspondía cobrar los quintos y los diezmos de oro y perlas y recibir rescates, tributos de indios, novenos, condenaciones de Cámara, almofarifazgos, alcabalas, provechos, comisos y cuanto se hallare en los enterramientos...

Dejaban documentada constancia las investigaciones del Capellán, de la honesta pulcritud de estos funcionarios en general; pero lo asaltaban dudas endémicas sobre el ancho y longitud de las mangas que en vida usó Henares—, medio real en el Virreynato y que aquí había venido a pasarla, como, en efecto, la pasó, por onza de ley o real y medio.

Deslizábase su pluma con la fruición minuciosa de quien va juntando poco a poco los maravedises del pasado.

Sin arrestos ni experimentaciones científicas, que está por verse si no resultan fantasmagorías, qué fácilmente le parecía comprender lo de hoy al ver como ha taraceado la vida en lo de ayer!

Reíase, pues, para adentro de su barriga estilo barroco, de las vanidades fundadas ahora en las trastrocadas realidades de ayer.

Tenía razón. Nadie conocía mejor la Colonia y el mismo no iba siendo más que un libro viejo, evangelio de la verdad, que es médico que siempre llega tarde.

El tiempo había realizado una transformación singular con su cara de capitán de antiguos tercios

convertido en dominico, y al desplomarse y caer las líneas de hidalga dureza, habían dado a la fisonomía una expresión de bondad irónica, anticipo de la creencia de que en la viña del Señor rinde más perdonar que castigar. Y así, a pesar de vivir en otra época, juzgaba la presente con gesto agri-dulce de catador bonachón:

—Bien se parecen las pasiones y los intereses; pero sin que los de uno quepan o queden a medida en los demás.

Sobre todo la Colonia, cómo la había expurgado y escarmenado! Tanto y tan menudamente, que hecha ya por otro erudito la historia de uno de los Adelantados, vino él y con nuevos datos presentó de otra manera, definitiva y novísima, al susodicho Adelantado, que también había sido gran pieza, como demás está aseverarlo.

Y todo esto—fenómeno singular!—sin que el veneno de la vanidad hubiera llegado al corazón y sin que ácidos nuevos ni dispepsias pertinaces lograran apresarlo:

—Ya vendrá otro que a su vez me corrija la plana—pensaba acercando a las rosas la lupa que había armado para descubrir los piojillos de sus rosales y, sobre todo, para recrearse con su ejemplar miniado de los Cantos corales.

Filiados tenía, pues, el Capellán a todos los Henares, el primero de los cuales, factor y... fautor, había ido encajando en la documentación retrospectiva, un "de", "de Poveda", destinado, andando el tiempo, inimitable taraceador de hombres y co-

sas, a denotar posesión, pertenencia, es decir, solar propio y abolengos miniados, como las pinturas de su libro de Cantos...

Nunca creyó a las derechas el Capellán que fuera cosa de ley que todo lo ennoblezca el tiempo. Colegía, si, que todo lo tapa y, en efecto, no quiso convencerse, a despecho de los más redomados maximistas, que fuera cierto por completo que sólo debe respetarse lo que hacen los años. Creía, más bien, que cuando una generación dada no logra destruír las mentiras y los juicios hechos, ya nadie los destruirá después, empezando, a su turno, a perpetuarse y, a las veces, hasta agigantarse:

—Humano es que aquello que de una o de otra manera juzgaron los que ya hicieron su camino, sea casi siempre engrandecido por los que vienen después... Juega el tiempo con los hombres, a los cuales pláceles desconocer lo que tienen cerca y fantasear en lo que sólo a tientas perciben.

Salvo la incoherente disidencia del vividor, así habían visto sus descendientes a los Henares y a los Cernadas que, andando el tiempo, quedaban convertidos definitivamente de procesados en próceres.

Después de tanta investigación en que cada capítulo había consumido muchos años; cada página muchos meses y cada línea muchas horas, hallábase, al fin de cuentos y cuentas con las manos puestas sobre su Coral miniado—única antigualla cuya autenticidad le merecía fe; pero fe de la buena, de la que hace bien, de la que se otorga sin reserva; de la que no escarba y rebusca porque le

basta saber que son los mismos los hombres y que sólo cambian los intereses y los procedimientos.

Y ahí, precisamente, en no haber llegado a exteriorizar en un libro nítido esa idea, ahí residía su pesar vago y por consiguiente, sin muecas ni teatralerías. Pesar... remanso cada vez más profundo, que gana en hondura lo que pierde en ruido y corriente.

El rosal de pocas rosas, vivía sólo para dar una, dos flores, culminación carnal de toda la planta, defendida por las espinas y cortejada por el secreteo sensual de las hojas.

Menos feliz que el rosal, en sus estivales estremecimientos, el Capellán no había llegado a coronar sus años con ese libro, última flor del espíritu, y su proyecto rebelde a la recapitulación, se deshojaba en máximas sueltas, destinadas a ser de todos, como si ciencias y doctrinas sirvieran más cuando en vez de pertenecer a uno, se esparcen, saturando la masa.

Adormecido después del trabajo, su dorso volcado dejaba ver el cuero pintado de su sitial; pero aún dormitando con somnolencia de anciano, de las flores rituales que trenzaban las letras de su libro coral, se escapaba a revolar en torno de su corona la idea tenaz de aquel libro, que habría sido la suprema flor de su espíritu, definitivamente apaciguado.

Esperaba la santa, torturada por la dilación, la llegada de su desoido consultor.

Le había dicho muchas veces—sin amenazar, como él decía—que no tenía grandes esperanzas de

que el solar de los Henares de Poveda, después de haber sido museo de cosas profanas o baladíes, llegara alguna vez a tener torres, monjas y campanas.

¡Contradicciones y engaños tiene la vida!—decía el Capellán, dando los acostumbrados golpes de contra-seña a la tapa de su guarda incienso, convertido en sobada rapelera. La vida es la vida y como cada cual quiere vivir la suya, sabe Dios si cualquier día aquí no mete el Diablo su cola... Ojalá no sea así; pero de todos es sabido lo que ya ocurrió en el propio Paraíso y como tanto en este como en el caserón la mujer, la hembra, anda disimulada con el nombre de "la pobre", y el hombre con el de mayorazgo, guárdenos el Señor de lo que puede pasar.

No dió entero crédito la santa a la inminencia de tales riesgos.—Se atribuye tan fácilmente a los demás lo que uno mismo desea y ha sentido! No recordaba haber sido nunca la hembra disimulada y voraz, señalada por el Capellán y estigmatizada por los profetas. Luego, no sentiría "la pobre" lo que ella misma no había sentido.

Versado en humanos achaques, que no siempre ahuventa la fe, el Capellán repetía que mejor andarían tal vez las cosas si cada cual pudiera vivir su verdadera vida... Y por esto se inclinaba a mejorarla sin intentar detenerla o volverla atrás:

—Para los mismos santos ha sido el pecado guerra muy guerreada y tentación muy tentadora...

Sabio y fraile viejo, transigía con las cosas como son porque bien sabido se lo tenía que la vida remonta y se desgarra aunque tenga que caer des-

hecha al pie del muro florido que la detiene. ¡Ni cómo iba a aplacar el caserón la sávia que a su tiempo palpitó en el viejo rosal!

Daba más valimento a la sapiencia que prevé y se adelanta—don de Dios—que a la orgullosa santidad que exhuma deducciones caducadas o rígidas en que nadie confía del todo porque nunca es rigorosamente igual la repetición de las cosas.

Le alarmó, a su tiempo, lo que pudiera resultar de la cercanía de esas dos vidas que cualquier día podían avecinarse por lo mismo que era tan diverso el espíritu del mayorazgo, dominador y atrabiliario, y el de "la pobre", misterio que bosquejaba entre verbajos de huerto su silueta transparente.

Existía una forma de conjurar y prevenir el mal: delatándolo, mostrando de una manera realista y sin atenuaciones su monstruosidad repugnante.

Había pedido, pues, el Capellán que un buen día comparecieran el mayorazgo y "la pobre" para notificarles que aunque por extraviado camino, era la segunda hermana paterna del primero, único heredero de los Henares de Poveda y Cernadas. El ígneo estigma marcaría como es necesario que marque el hierro hecho ascua y sólo así, por el hierro y por el fuego, acaso lograra el caserón triunfar sobre el instinto y sobre la época, continuando en paz de sacrificio su transformación ascensional.

Pero para mayor confusión de la santa y de su orgulloso fanatismo, entre secuencia y secuencia de su Coral, el sapiente Capellán, tan versado en letras sagradas y humanas, ¿no solía repetir, como si también llegara hasta él y hasta sus años cierto escep-

ticismo destructor, que a veces, y en pro de la misma fe, hay que transigir?

Desoído el espíritu práctico que se complacía en repetir que "por el mundo vamos", el Capellán espació sus visitas, entregando lupa en mano al cuidado de sus rosales de pocas rosas el tiempo que antes le acaparaban sus pláticas con la santa de intratable fantasía. Y tanto llegó a espaciar sus visitas, que en esta ocasión había sido necesario llamarlo de urgencia. Caso *in-extremis;* caso de muerte y ruina, como que el caserón, desposeído ya del alma—lo superior e irrealizable—que lo había animado, no era ya sino una ruina más entregada a la piqueta de las demoliciones irremediables.

Miró el escudo del noble prócer, Henares de Poveda, ladino comprador de títulos de pan llevar y de tierras sin más mensura que el mar por un lado y por el otro el agrio monterío cuyos picachos se empapan en la tarde con la sangre de crucifixiones excelsas.

Ultrajados sus años y aventados sus proyectos, esperaba la santa bajo el retrato en que el fundador glorioso de la casa mostraba su cara de talega, su bordado casacón de damasco granadino y su bastón armado de rica porra de oro incrustada de esmeraldas de Muzo y perlas del Darien. La dama

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

se acogía, pues, a sus más puros blasones para caer y acaso morir sin abdicar.

—Bienvenido, padre Capellán.

Y murmuró el saludo colonial, entonado en coro:

—Dios te salve María...

Sobrevino luego el silencio del terror.

—Qué pasa en la santa casa...

—Que se ha cumplido lo que tiempo ha previó su paternidad. Y la maldad...

—La vida.

—Ambas, me han traicionado de nuevo y ahora todo ha terminado con la mancha a nuestro linaje; con la unión, Dios mío, del mayorazgo y la bastarda...

—"La pobre".

Caía vencida la santa bajo el antepasado sin tacha y sin reproche que a todos, a los mismos Virreyes, según ella, había ajustado las cuentas.

—Que el Señor, que conoce la santidad de mis intenciones, me auxilie en este trance.

—Así sea; pero no olvidemos que más que dolor de madre, es este dolor de vanidad; dolor de humillación...

La idea arrogante de restaurar el pasado, perpetuándolo, había ahuyentado a la verdadera caridad, que no quiere vasallos sino hermanos.

Las palabras sacerdotales resonaban con apaciguante diafanidad: el Capellán se convertía en confesor con cura de almas y la santa se postró de rodillas. Acercó el fraile su sitial, llevándose a la cara sus manos, compañeras de rosales y manuscritos.

—Me creía inspirada y estaba en engaño; soñaba con lo impracticable y alcancé a entrever el solar convertido en convento, con claustro, humilladero, celdas y campanas y en la iglesia una capilla para mis cenizas y las de mi esposo, al fin perdonado por Dios.

Tocaba el suelo con la frente:

—Qué hacer... Ha huído el mayorazgo y la hembra culpable espera lo que con ella habrá de hacerse.

—Dios proveerá; pero sepamos antes...

—Aquí llegó el malvado como llega el mal, de improviso, diciendo que venía a cambiar de una vez por todas el nombre de "la pobre" por otro, cristiano y resurrector...

—Cristiano, resurrector—silabeaba el Capellán, y su voz de anciano, resonaba con salmodias de rezo.

—Aquí vino el mayorazgo a destruír en un momento toda mi obra; a apagar las luces del altar... Te ordeno—dije al rebelde—que dejes esta casa porque es el mal lo que guía tus pasos.

La figura de la santa se convulsionó en el suelo y creyéndose aún la única representante del pasado, se irguió poco a poco, contemplando con la cara vidriada por las lágrimas los retratos de su alta prosapia.

Cayó algo, la llave del vargueño en que guardaba la mortaja que, deshecha la carne, moldearía los huesos con el seráfico andrajo destinado a disfrazar sub-terra el proceso de la final disolución

—Dios me abandona, dejando que el mal asalte el futuro convento.

Reaparecía la voz inflamada de su pasión que no era fe, sino imperio, voluntad tenaz que aún no moría:

—Quise proteger a la víctima cuando el mayorazgo avanzaba hacia ella... Le ofrecí mis brazos y entonces "la pobre" se abrazó al cuerpo de su tentador, como a la cruz de nuestro Señor.

Se levantó el Capellán, cruzó los brazos y el traje talar modeló su figura con el manteo, que prende de los hombros una fúnebre colgadura.

Dejó caer la cabeza apostólica sobre las manos puestas.

Regresaba su espíritu de regiones lejanas, trayendo la pesadumbre de preguntas que lo perturbaban.

Insinuó algo como el secreto confesional de la duda, que emergía otra vez, nublando su ocaso apaciguante.

Lo torturaba este nuevo desastre del bien abstracto, que había creído poder quebrantar a la realidad omnipotente:

—No puede la fe caminar sola y hacer toda la jornada sin tocar la tierra, destemplada en invierno y ardiente en estío. Tan poco poder suele tener lo espiritual, que no puede prescindir del todo de lo que echa sus raíces en la tierra, inflamada y florida...

Más que oraciones y penitencias, volvían, buscándolo sarcásticamente, filosofías que resultaban

exactas, con amargo rigor: el hombre es un sér contradictorio por esencia y de sus despojos deshechos se desprende en las noches una llama errante que no es ni luz ni sombra y que suele elevarse un poco, aleteando cerca de la huesa.

Se confundía, a pesar de la serenidad octogenaria de sus años y en ese instante se mezclaban, como si sólo fueran una en su espíritu, la Doctrina y *Port Royal,* ni más ni menos que la vida que perturba sin dar la paz... Pecadores purificados sin penitencia; justos perdonados sin caridad; cristianos sin la gracia de Jesucristo; Dios sin poder sobre la voluntad de los hombres; predestinación sin misterio; redención sin certidumbre...

Se arrodilló con dificultad. Le dolían el cuerpo y el alma. Quería rezar, pero volvía insistentemente el *Port Royal* de que había tenido que huír a los cuarenta años para no sumergirse y desaparecer en el divino Pascal de los *Pensamientos*:

—El hombre no es ni angel ni bestia; pero la desgracia dispone que el que quiere ser angel sea la bestia.

A su tiempo, había insistido; pero sin atreverse a ordenar, en que para alejar el mal, era necesario decir la verdad—fuego que marca; pero que purifica. No lo habían oído porque su bondad, no exenta de ironía, como ciertas flores cuyas espinas prefieren doblarse antes que herir, no podía o no quería mandar.

¡Como si la verdad oculta no se mostrara al fin, pero transtornándolo todo, tal cual la yerba que

primero solivianta y luego aparta la piedra que la oprime!

Y así había acontecido: descifrada la realidad de aquella existencia, toda la ideología quimérica que había ido levantándose sobre el caserón hecho asilo, caía de golpe.

Se había callado la falta del padre, que mediante las oraciones del asilo, ya estaría, según la santa, gozando de la divina gracia...

Noble fin a cuyo alrededor fueron acumulándose unas en pos de otras las fantasías. En pro de la moral del niño, que era necesario que ignorara las faltas del padre muerto, dejó de ser hermana la hermana; perdió ésta nombre y parentesco y así despojada hasta de la gracia infantil que avanzaba hacia el misterio perturbador de la belleza, empezó a llamarse "la pobre". Saldría del mundo y de la vida y un día sería hermana de los pobres, monja, cuando el solar estuviera convertido al fin en convento de la resurrecta Colonia... Ah! qué sería entonces ante esa restauración grandiosa, la leve inexactitud en que había que basar la arquitectura teologal del caserón. Dios sabría perdonar aquella simulación impuesta por tan altos fines.

No aceptó el Capellán la idea y dijo una y otra vez que la vida es la vida; que no es cuestión de poco momento transformarla y que debía decirse a cada cual lo que era para que nadie volara después con alas artificiales o con plumas de quitar y poner; pero como no podía o no quería ordenar, sus palabras, saturadas de ironía, se habían ido sin ser comprendidas por la santa, que seguía febrilmen-

te tras el fantasma espiritual. Y en ese instante, al caer de rodillas, sintiendo crucificada el alma ante el horror del incesto; quebrantado, sin saber qué hacer, tampoco se atrevía a condenar a nadie porque el más culpable era acaso él, que no se había atrevido a deshacer las quimeras de la santa.

Impregnado de paz—tregua del tiempo—; devoto de la verdad; historiador que aceptaba la historia, pero como una superposición indefinida de edades y sentimientos, que ocultan la verdad sin alterar las pasiones y los intereses, había sido incapaz de imponer lo único que le constaba: que el mayorazgo y "la pobre" eran hijos del mismo padre.

De nada había servido, a no ser para acrecentar el horror de la catástrofe, el ideal austero enfrentado a modo de reducto a la vida de hoy.

De nada; pero menos había servido aún la bondad que apela a la dulzura, dando tiempo al tiempo. Uno y otro, él y la futura santa, habían esquivado la cauterización de la verdad: santa Colonia por temor y el Capellán por debilidad.

Había fracasado la ideología piadosa; pero así mismo habían fracasado las sentencias frívolas de la ironía y de la bondad estáticas.

La santa rompió el silencio y vuelta a la humildad, acaso por primera vez en la vida, confesó la debilidad de su entendimiento:

—Qué hacer . . .

—Arrodillarnos, perdonar, arrepentirnos; no creernos más que lo que somos; despojarnos de nuestra torpe vanidad de rehacer la vida.

Lo trágico o lo irónico dejan rara vez de dar cuenta de nuestros más grandes proyectos...

Recordaba de nuevo los inesperados descubrimientos históricos que más de una vez se habían burlado de sus deseos de reconstruir lo pasado.

Se desvanecía un poco su cabeza macerada en que el dolor era suplantado por sedante melancolía.

Se inclinó con lentitud de abatimiento.

Del orgullo había ascendido al perdón, a la sonrisa, y creía no tener que descender ya más de esa alta serenidad, cuando venía de improviso lo inaudito a sacarlo de la suma quietud que creía definitiva. Se transplantaba a su corazón el enorme rosal, anciano como él, que en su huerto entronizaba en medio de una corona de espinas cada flor.

Se fundía su indiferencia y cuando abrió los ojos pudo verse que el llanto de mal agüero de los viejos, había llevado hasta sus labios el sabor de la postrera amargura.

Haciéndose la ilusión imposible de que nada había pasado, pugnaba, como los niños tras el llanto, por sonreir de nuevo para mostrar ante el mismo drama la resignación benefactora de los ancianos:

—La mejor idea, la más hermosa porque nunca deja de ser una esperanza, es la que se queda a medio vivir, a medio nacer... Vamos, la que se queda entre nubes.

Y al fin, cómo iba a condenar, si ese proyecto de la santa, mezcla de locura, de amor y de soberbia, le evocaba de una manera simbólica aquel otro proyecto del libro excelso, que nunca se escribe, que

ni siquiera llega a concretarse porque es nebulosa cuya realización sería como llamar la tormenta y la muerte.

—La santa intentó la realización material de lo que debió ser un sueño y los sueños nos sustraen de este mundo para desviarnos a otro, donde al fin nos llevan: quiso lo que siempre debió ser libro que no se escribe; ideología que no logra definirse; liturgia que no llega a practicarse. Además, grave culpa, ocultó a sabiendas la verdad...

—Para mostrarla, cuando, realizados y consolidados mis proyectos, ya no pudiera el mayorazgo ponerlos en peligro.

Algo profundo e indomable se removía otra vez, sin morir del todo ante el implacable fracaso.

—¿Qué hacer?... Perdonar porque rara vez el mal que se nos hace es menor que el que hemos hecho nosotros. Perdonar y levantar a los que son víctimas del orgullo de prevalecer sobre el tiempo y la ley natural.

Imperó el silencio, marcado por el ruido del rosario, que se deslizaba entre las manos anatómicas. Las figuras se diluían en la obscuridad rembranesca.

Volvió a hablar el Capellán:

—Sólo queda el perdón mutuo porque una vez más la culpa es de todos. Perdonar, esperar.

El supremo consuelo de las dos palabras salmódicas parecían retornar de lejos, trayendo la paz a la sala llena de sombra sobre sombras; pero el orgullo invencible exteriorizó de nuevo la inquietud

interior de esa voz que volvía a ser hermosa como en la juventud lejana:

—¿Perdonar?... ¿Y el fruto de este pecado horrendo?

—Será inocente y debe acogérsele en esta casa en que tras la verdad prosperó la quimera del orgullo. (Que se le acoja y que lo purifique el loto fecundo del bien y el dolor.) El perdón no debe ser para la inocencia, sino para los que quisieron vengarse de la vida dislocándola y para los débiles que no supieron ordenar a tiempo.

—¿Está en nosotros perdonar sin olvidar?

¡Que hablara el Cristo de otra época, atado con el dogal de la crucificación!

Que hablara el Cristo, juez y ejecutor, en cuyo cuello de ajusticiado se ostentaba, trenzada con la misma soga de la flagelación, la corona con que los publicanos y fariseos de hace dos mil años se burlaron del propagandista de una moral superior a los instintos que trata de domar y olvidada a cada instante por las pasiones, que sólo se transforman y disfrazan.

—Perdonar para que nos perdonen—insistió el Capellán.

Otra era, sin embargo, la idea que ardía sin amortiguarse.

El Capellán se marchaba ya:

—Que haya aquí un pobre más... Lo ordeno porque no puede ser otra la voluntad de Dios.

—Nó—replicó la santa replegándose hacia el Cristo ejecutor y juez.—Es necesario, y así querrá el Señor que suceda, que el caserón se consuma y nos devore a todos.

CLARIDAD AMATISTA

El caserón se sumergía en un silencio a través del cual parecían prolongarse las sonoridades de la tierra socavada que deja repercutiendo los pasos y la voz.

Venido del huerto, se escuchaba el eco de la gota isócrona, que insistía en un anuncio vago e indefinido. La noria, pulsación secular de la casona, continuaba, pues, augurando algo inesperado y en las tardes, a la hora de queda, el ocaso daba fugitivos reflejos de sangre a las gotas que a modo de luz desprendida de la faz de Cristo, trasudaba el cubo oscilante.

La santa había impuesto una nueva disciplina y reemplazada "la pobre" por servidumbre venida "del fundo", terminó para ella todo trato humano.

Se consintió en que las cosas continuaran exteriormente como hasta entonces; pero disponiéndolas de manera que el caserón fuera consumando poco a poco su obra de acabar de una vez con el mundo pequeñito y doliente que aún lo poblaba.

Un día, se sintió ruido de martillos. Clavaban

algo cerca de la cruz a cuyos pies solía la santa distender la mortaja del vargueño, complaciéndose con la parodia de la muerte que hacía el hábito franciscano.

Clavaban algo, sí... El órgano tallado del que se desprendían las rosas de las viñetas como de antifonarios y santorales. El órgano con su auditorio de otrora, antepasados e imágenes vestidas de terciopelo orlado con flores de oro y plata, aherrojado así por las mismas manos, ira y emoción, de la santa!

El corazón de "la pobre", como el cubo de la noria que algo seguía augurando, empezó a destilar sangre sobre el sér, afrenta hecha vida, que germinaba en ella, deformándola.

También moría el órgano cuyas teclas tenían despertares, ansiedades misteriosas al sentir el peso de su cabeza.

Todo moría, pues, por culpa de su caída y como el tiempo había vuelto a cambiar, la misma luz del día se estaba yendo más temprano.

—Es justo que Dios me castigue así

Se echaba al suelo, estirando su cuello de condenada al cuchillo del verdugo.

Cercada otras veces por los degenerados, se refugiaba cerca de la noria cuyo brocal pastoso, huesa y abismo, incitaba a contemplar el reflejo que brillaba en el fondo. Era inexplicable, realmente, que nada extraño hubiese pasado hasta entonces en semejante sitio de predestinación.

Se inmovilizaba mirando ese reflejo misterioso que había concluído por aprisionarla, borrando los

amagos de huir que sintiera en los primeros días de su maternidad inocultable. No dejaría ya el caserón en que cada cosa, muro, sombra o flor, completaba la desolación total.

El horror de la caída, patentizándose de nuevo, la postraba sobre la yerba para alejar sus sentidos del tentador, cuya efigie avanzaba otra vez hacia ella.

Ahondaba con las manos, sintiendo la negrura yerta de la tierra que aguarda la vuelta de todo, tóxico o perfume, lo que de ella sale para a ella volver.

Creían al mirarla los lisiados que jugaba y le formaban ronda, tomados de las manos. Lastimosa parodia de la alegría, que no alcanzaba a impedir que la figura altanera del mayorazgo se filtrara hasta el molde de tierra y lágrimas en que "la pobre" anticipaba la inmovilidad de la muerte.

El temblor que de tiempo en tiempo le sacudía el vientre, el corazón, oprimido ya por otro sér, la alzaba de la desgarradura física y moral, levantándola, vacilante, sobre el suelo en que caía a ocultar su impotencia sacrílega para odiar u olvidar.

El mal prevalecía sobre ella y, a pesar de su bondad anónima, por nadie explorada ni conocida, sólo la idea de rodar más hondo lograba levantarla y hacerla avanzar al encuentro de la quimera pasional:

—El mayorazgo...

Las manos descompuestas se hundían en los labios, conteniendo el nombre horrendo:

—Hermano.

Teñida de rojo, caía la gota de agua y los degenerados, pidiendo que "la pobre" jugara con ellos, lanzaban al aire en que empezaba a aventarse la ceniza vespertina, sus gritos guturales de bestias aplastadas.

Crecían con la vecindad de la noche los terrores de la conciencia en contacto con el misterio y, próximo a borrarse el espejo oculto en la noria, este acrecía su atracción malsana.

Otra vez sola, la tomaba la certidumbre de que el hijo de su miserable maternidad estaba destinado a ser un degenerado más en el caserón y se dormía por fin, sumida en la corta tregua de los vencidos, que aguardan que todo termine alguna vez con la muerte.

Vueltas la luz y las campanas, la reanimaba fugazmente el nuevo día en medio de sus pobres, cerca de la noria fúnebre y musical.

Habituada con la idea de que su destino no podía ser otro que morir muy luego, sentía, sin embargo, un pasajero alivio cuando al volver al huerto, salían a encontrarla los asilados. Acariciaba sus manos, sus ojos sin luz, y los arrodillaba, se arrodillaban todos para rezar la misma oración tradicional.

Una tarde el pequeño campamento de degenerados se quedó dormido como *ex-profeso* y ella, trasnpuesta también, soñó que la cruz se sumergía lentamente en la noria y que nubes bajadas de lo alto iban envolviendo la faz del divino Crucificado.

Al despertar, los expósitos se dispersaron en si-

lencio como si también ellos hubieran tenido la misma aparición mística

No podía aquel sueño ser sino una nueva incitación a la muerte y "la pobre" buscó sin emoción la manera de terminar de una vez. Ah! ¿y si para dejar sin una mancha el espejo que brillaba en el fondo de la noria desprendiera el cubo que desde lo alto proyectaba una sombra? Lo desprendió, en efecto, y como si también el pozo fuera a morir, la simbólica gota de agua dejó de caer.

En el fondo se reproducía, mezclándose con el azul litúrgico del cielo, su cabeza fantasmagórica, tomada ya para siempre por la muerte.

Se sonreía con la dulzura extra-terrena de los vencidos incapaces de rebeldía y exploraba con las manos el sitio en que habría de herirse. Ninguna huella quedaba ya de las espinas de aquella noche del despertar fulgurante de sus sentidos y, en cambio, la soga terrosa le anillaba el cuello, que separaba la cabeza, elevándola espiritualmente del resto del cuerpo.

Trepó al brocal y sus pies ultrajados por los zapatones de asilo, se balancearon al fin sobre el vacío.

Divagaban de nuevo los expósitos ante los rosales que se quedan durante un largo período sin más vestidura que la de sus espinas doradas.

Y su hijo, el que en ese mismo instante se contraía, soliviantando el vientre como la tierra en que germinan el grano o la muerte, ¿no estaba destinado a ser un degenerado más en el huerto que a ciertas horas se vestía de amatista?

Pasó una nube en que se prendían las primeras rosas del crepúsculo.

Se sacó la cruz. La depositó lentamente sobre el borde.

Trenzó con la soga un lazo que fué envolviéndose en el cuello, y juntó las manos para arrodillarse en el abismo:

—Perdón...

Y la propia convulsión de aquella plegaria desgarrada, empujó el cuerpo leve, estirando la cuerda que vibró apenas, como si lo que la distendía, más que un peso fúnebre, fuera un gemido que se iba.

Creyeron los expósitos que todavía estaba con ellos y se enlazaron formando otra vez el friso mutilado.

Diafanizaba y retocaba la luz de la tarde la figura arcaica de la ahorcada en cuyo vientre seguía extremeciéndose algo oculto.

Rosal, yerba y paredones, musitaban algo, la rima fugitiva de la tarde, cuando torres y campanas de la Colonia lejana rememoran la oración y el sentir del tiempo viejo, muy viejo.

La luz violácea vestía aún el huerto de seda amatista, lo mismo que cuando se creía que estaba escrito por el destino que "la pobre" sería la primera monjita del caserón, destinado a transformarse en convento una vez que dejara este mundo su dueña, la santa.

Ciegos y lisiados exploraban el vacío con sus brazos sin manos, buscando a "la pobre" cuya ca-

beza diáfana se alzaba en demanda del cielo como los Cristos de Goya y Zurbarán.

Desprendíase de los labios, parodiando la pasada isocronía de la noria, una gota de sangre cada vez más lenta, cuando la noche, cerrando de improviso, se incautó como de algo suyo de la muerta y el caserón.

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

FIN

ALGUNOS JUICIOS SOBRE EL AUTOR:

GOTAS DE ABSINTIO.—"¿Conoce usted el *Gaspar de la Nuit*, de Luis Bertrand? GOTAS DE ABSINTIO se parece mucho a ese libro por la factura delicada y la ligereza cruel de las fantasías que lo componen. Sólo que el maestro de Baudelaire, que hizo su obra a los cuarenta años de edad, se inspiró en las aguas fuertes de Rembrandt y de Callot mientras que usted se inspira directamente de lo escrito".—*Enrique Gómez Carrillo.*—París, dcbre. de 1895.

ULTIMA ESPERANZA.—"Digo esto a propósito de una novela, titulada ULTIMA ESPERANZA, escrita por don Emilio Rodríguez Mendoza, e impresa, el año pasado de 1899, en Santiago de Chile. Me complazco en afirmar que el autor de esta novela posee las más brillantes prendas de escritor y de novelista: imaginación, sensibilidad, agudeza de ingenio y

elegante facilidad de palabra. Sabe describir, posee el arte de interesar a sus lectores y acierta a conmoverlos cuando hablan o accionan apasionadamente los personajes que pone en escena".—*Juan Valera.*—"Ecos Argentinos".—"Apuntes para la historia literaria de España en los últimos años del siglo XIX". Madrid, Librería de Fernando Fe.

VIDA NUEVA.—"Este descripcionismo psicológico se aúna en el autor de VIDA NUEVA a un estilo sobrio, de giros tan exactos que con razón pudiera aplicársele la frase con que en su tiempo definieran al viejo Malherbe: *"le tyran de mots et de syllabes"*. En el capítulo V, páginas 64 y 65, hay una notación de estados psíquicos tan coloreada, si de colorido puede hablarse en descripciones de cosas tan desvaídas y murientes, que difícilmente encontraríamos nada mejor revolviendo novelas modernas. Los vocablos que en el Diccionario son sonidos muertos, como piedras que al ser emplazadas por el artista adquieren un sello distintivo, revisten un carácter especial, toman un tono peculiarísimo, están aquí inscrustados y montados unos sobre otros con tal acierto que, reunidos parecen decir todo el fastidio elegante de estas vidas corrompidas o simplemente banales".—*Luis de Vargas.*—"Hispania", Madrid, febrero 19 de 1906.

"

. . . . . .

Rodríguez Mendoza pertenece al Cuerpo Diplomático y por su cosmopolitismo en las andanzas a que, por razón del cargo se ha tenido que someter, y por su don de gentes, que constituye una característica de su especial complejidad psicológica, no puede asignársele el triste papel que es tan común en la inmensa mayoría de los innúmeros escritores ultramarinos. No es uno de estos señores enfáticos, hueros, superficiales y vanidosos, perseguidores de aplausos fáciles que nada valen, que nada significan, que carecen de trascendencia y que por esto mismo se prodigan a granel".—*"Nuestro Tiempo"*, número 70, Madrid, 1906.

. . . . . .

"Y usted ha acertado a elegir un objeto de estudio que ofrece real y hondo interés: se ha fijado usted en un caso psicológico que, por lo que tiene de significativo y sugestivo; por lo que revela del estado moral de estas sociedades; por lo que hace pensar en cosas que importan mucho a su porvenir y a su destino histórico, se basta para dar a la novela el carácter de un estudio social oportunísimo; estudio que se refiere a nuestra palpitante realidad y no a la observación hecha en la vida refleja de los libros. Es, en este sentido, obra genuinamente americana la suya. Porque el americanismo en la novela y en general en la literatura se ha entendido hasta ahora de una manera asaz restricta: se ha

limitado por lo común el concepto que de él se tiene a la pintura de nuestra naturaleza o de las costumbres de la vida campestre—que es la que ha tenido hasta ahora sello característico y distinto—o a las tradiciones de nuestros tiempos primitivos y heroicos.

. . . . . .

Cuando su protagonista de usted se pregunta si sus males no provienen del mal general "de estos pueblos nuevos que han querido alcanzar de un salto la cultura europea, a que otros han llegado después de muchos siglos" pone la mano sobre el rasgo capital, acaso, de la psicología de estas sociedades; rasgo que yo calificaría absolutamente de *mal;* pero que explica, sin duda, al par de muchas ventajas, muchos inconvenientes que nos hemos puesto en el camino y que yo creo que lograremos vencer, justificándose entonces y glorificándose esa prematura audacia y la altivez de nuestras aspiraciones.

. . . . . .

El estado de alma de su héroe, o mejor, sus estados de alma, su decepción, su tentativa de regeneración y reforma, su decepción nueva y más amarga, interesan, resumen una situación moral a que quizás muy pocos de nuestros intelectuales—como hoy dicen—podrían considerarse entera y absolutamente ajenos".—*José Enrique Rodó.*—(Carta literaria publicada en "El Ferrocarril" de Santiago, 1903).

. . . . . .

"Hay en este libro páginas realmente hermosas y es una interesante pintura de las costumbres santiaguinas. Me interesó mucho el reformador don Pedro Moral. Alguna analogía veo, en cuanto a tésis, entre su novela y *"L'education sentimentale"* de Flaubert".—*Miguel de Unamuno.*—Salamanca, febrero de 1904.

"

. . . . . .

Una indiscreción benévola del "Ferrocarril" me permitió luego salir de curiosidades. Supe que *A. de Géry* y *L'Aiglon* eran un mismo escritor, el señor Emilio Rodríguez Mendoza.

Lo he conocido y lo he tratado personalmente. Es un ejemplar bien forjado del tipo ambicioso de que salen los campeones de espada o de pluma, los tiranos y los demagogos, los santos y los archi-herejes, y, en general, los hombres ruidosos que hacen mucho bien o mucho mal.

Su cuerpo casi alto, es delgado y tiene mucho movimiento nervioso; pero su andar es estudiadamente acompasado.

Su cabeza poblada de abundantes cabellos negros, su cara delgada, enjuta y pálida, su nariz abultada, su bigote resueltamente enriscado y sus ojos que parecen velarse en cavidades obscuras forman un conjunto anguloso que no carece de distinción.

Su traje esmerado es casi siempre vistoso, y lleva siempre al ojal una bonita flor, a veces una gran flor.

Así en su conjunto exterior, la persona del señor Rodríguez Mendoza revela con toda evidencia mucho personalismo, alguna ambición y no poco coraje.

Y su persona no miente.

A los veinte años de edad hacía leer con agrado los artículos de *A. de Géry* y desde entonces no ha dejado la pluma sino cuando anhelos estudiosos lo han llevado al extranjero.

En su larga labor de periodista, ha mantenido su personalidad y expresado con valor, a veces con rudeza casi inculta, sus opiniones sobre las cosas y los hombres. Pero, sea dicho en verdad, no tengo noticia que su pluma haya servido, mercenaria o anónima, rencores ajenos. Siempre ha sido leal a su criterio, a su conciencia y a sus propias pasiones. En las tempestades que le han traído sus arranques de juventud o de pasión, ha dejado bien claro que es sincero y valiente aunque no siempre haya sido atinado y sobrio.

En el transcurso de los años, aunque no sean muchos, el señor Rodríguez Mendoza ha evolucionado como todo hombre de talento. Sin perder nada de su índole personal, ha abandonado las afecciones de partido y las afecciones personales que lo ligaron en su primera juventud y se ha elevado, como se ha visto en *L'Aiglon*, a las esferas en que se sirve a la patria".—*Julio Zegers.*—"El Ferrocarril", marzo 12 de 1906.

CUESTA ARRIBA.

"..... .....

Con estas declaraciones y con añadir que en ciertas ocasiones el estilo se quiebra desacertadamente hemos agotado la cuestión defectos de CUESTA ARRIBA para apuntar en seguida, siquiera sean algunos de sus muchos merecimientos.

Es una obra armoniosa; su proporción acusa un espíritu maestro ya en el arte de novelar. Sus capítulos están trazados con vigor, con observación... El capítulo que se refiere a esa aptosia del candidato es magnífico.

CUESTA ARRIBA es una excelente novela y el mejor libro en prosa publicado durante el año que acaba de terminar.

Es un libro original, aun dentro del "modo de hacer" literario del señor Rodríguez Mendoza. Y esta cualidad de un autor es digna de toda alabanza. Sucede que cuando un literato ha encontrado una fórmula para sus concepciones, se estagna en ella y concluye por imitarse a sí mismo; Rodríguez Mendoza ha escrito su CUESTA ARRIBA renovando en su arte los elementos que le sirvieron para trazar VIDA NUEVA, renovándolos ventajosamente".— "El Diario Ilustrado", 10 de enero de 1911.

....

"Su novela CUESTA ARRIBA es un himno a la vida intensa. Hay en ella páginas épicas y creo alabarla cumplidamente comparándola con LE

Trust que acaba de publicar el insigne novelista francés Paul Adam (1). Ambas novelas revelan fuerza y optimismo y son cada cual a su modo, consejeras de energía".—*Omer Emeth.*-Enero de 1911.

. . . . . .

"Cuesta Arriba, para nuestro gusto, es una de las mejores novelas que se hayan escrito en Chile. Por varios respectos sería la mejor. Indudablemente, si en vez de viajar, estudiando en la vida y en los libros hubiese el señor Rodríguez Mendoza permanecido en el país, no habría podido escribir una obra semejante. Cuesta Arriba es un libro de experiencia, no de noviciado. Hay en él un gran soplo de Humanidad y de sus páginas se desprende una enseñanza fortalecedora. Ese León II Rield, mestizo de inglés y de mapuche, física y mentalmente vigoroso, recto y temerario a la vez, es un símbolo magnífico".—*Víctor Domingo Silva.*—(*Cristóbal Zárate*).

"Me imagino que Rodríguez Mendoza ha de ser un hombre todo nervios. Admirable su lengua en el prólogo. Descuidada pero jadeante y enérgica en el cuerpo del libro. La aptosia es descripción de maestro. Todo el horror de Zola y menos palabrería. Champán parecerá caricatural a los que no conozcan la América; pero a mí es Rield quien no me

(1) **"Cuesta Arriba"** apareció mucho antes, a principios de 1910.—N. del A.

parece vivo. Mas, ello no es reproche: bien dice el autor que quiso crear un símbolo".—*José Tible Machado.*

"El héroe de CUESTA ARRIBA, más que un individuo, es un símbolo de una raza con sus más bellas virtudes, con sus más pujantes energías, con sus más audaces sueños, con sus más crueles decepciones, con sus más atormentados y más gloriosos destinos".—("El Mercurio de Santiago, al anunciar la publicación de CUESTA ARRIBA en sus folletines).

DIAS ROMANOS.

"En todo caso (y sea lo que fuere de estas ideas) a Roma débese la conservación de los tesoros de arte que tantas páginas hermosas inspiran al señor Rodríguez Mendoza.

Son las mejores de DIAS ROMANOS y entre ellas señalaré la visita a la Vénus de Cnido (página 81) y al Apolo del Belvedere (página 98).

Mientras leía la obra del señor Rodríguez Mendoza, quise leer paralelamente la obra del célebre crítico francés Taine, a quien nuestro autor reprocha su *parti-pris*, es decir su teoría de la raza, del medio y del momento. No carece de razón el reproche; pero dicho sea de paso, podría Taine, evocando un recuerdo romano, decir a nuestro autor: *"Tu quoque..."*

Dicho esto, añadiré que la lectura paralela del

libro francés y del chileno, no ha redundado en perjuicio del señor Rodríguez Mendoza, que es cuanto puede decirse en pro de su originalidad y valor literario. Aun ante el gran crítico francés, podría nuestro autor decir con cierto poeta contemporáneo y amigo de Taine (Musset)".—*Omer Emeth.*

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CONTROL

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÉ TORIBIO MEDINA"

BIBLIOTECA NACIONAL
463868